981

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA LÍRICO-DRAMÁTICA.

AVENTURAS DE UN JÓVEN HONESTO.

PRECIO: 8 RS.

S. H. G.

J. LOPEZ E... BARCELONA

MADRID.—1863.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

7

IMP. DE C. GONZALEZ, SAN VICENTE, 52.

AVENTURAS

DE

UN JÓVEN HONESTO.

FARSA LÍRICO-DRAMÁTICA EN TRES ACTOS,

LETRA DE

D. MARIANO PINA,

MÚSICA DE

D. Manuel Fernandez Caballero.

Representada por primera vez en Madrid en el teatro del Circo, el 24 de diciembre de 1862.

MADRID.
CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
calle de San Agustin, 12, 2.º
1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
TERESA.	Sras. Hueto.
ADELA.	Cárdenas.
ABUNDIA.	Bigones (D.ª F.)
JACINTA.	Rojas.
JULIA.	Bigones (D.ª T.)
LUISA.	Celimendi.
GORGONIO (1).	Sres. Santacoloma.
ESPOLETA.	Crecj.

MODISTAS, ESTUDIANTES, CABALLEROS, SEÑORAS, ETC., CORO DE AMBOS SEXOS.

La accion se supone en Madrid.—Epoca actual.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los Teatros de España y sus posesiones, ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales y agentes del Centro General de Administracion son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

---

(1) El papel de Gorgonio está arreglado en la partitura para que lo puedan cantar los tenores cómicos.

ACTO PRIMERO.

Gabinete con dos puertas á la derecha del actor y otra á la izquierda.– Balcon al fondo que deja ver las casas de enfrente.—Mesas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon se oye cantar á las modistas:

No me lleves á Pol,
que allí vá mi papá;
llévame á Capellanes
ó á la Camelia
que allí no vá.

(Al concluir el canto sale Jacinta por la puerta izquierda con un plumero en la mano, y limpia los muebles.)

JACINTA.

Güeno! güeno! las relamías modistas de enfrente no cierran el pico si las empluman. Bien dice Gorgonio, mi hermano de leche,

673522

que no lo dejan descansar ni un menuto. Y yo no sé cómo trabajan hoy, primer dia de Carnestoliendas.

LAS MODISTAS. (Cantando dentro.)

Ay mamá! qué noche aquella
en que el falso me decia, etc.

JACINTA.

Anda! anda! Tó lo que se canta en las comedias lo saben las maldecías. Y la voz de Teresa es la que se oye más: esa las regüelve á toas; como es tan picoreta y dicharachera, es la que alborota ese gallinero. Y Gorgonio por más que iga, no le paecen sacos de arena las costureras. Él no para de asomarse al balcon y de hacer señajos... conque, me paé, que la cosa está clara. En fin, acabaré de arreglar el cuarto. Cá ocho dias que vengo á Madril, tengo la mesma ocupacion. Probe muchacho, le quiero tanto!... Ya se vé... del mesmo pueblo y criaos á los mesmos pechos, que caicule cualquiera si nos tendremos afleuto y demás.

ESCENA II.

Dicha, GORGONIO (Saliendo por la derecha y asomándose al balcon.)

GORGONIO.

(No hay nadie... sí... la vieja... siempre la maldecida vieja!... Esa mujer es mi purgatorio... Ahora se asoma el de los bigotes y me amenaza. Que el diablo os confunda á los dos.)

JACINTA.

Güenos dias, señorito.

GORGONIO.

Hola! Jacinta... estás ahí? (Suerte implacable! cuando te cansarás de?...) Hace tres meses que no te dejabas ver.

JACINTA.

Cómo tres meses!... Si vengo cá ocho dias con las verduras de la güerta, y siempre llego por aquí pá arreglar el cuarto.

GORGONIO.

Si?... pues no he reparado... (Tres dias sin verla!... yo no puedo vivir así!)

JACINTA.

Ya... porque está usté como alelao dende hace mucho tiempo, y yo, como lo veo teciturno y boquiaflegío...

GORGONIO.

Es verdad... y nada tiene de extraño que no te haya visto; porque hace mucho tiempo que estoy ciego.

JACINTA.

Ciego?... pues usté bien anda por toas partes...

GORGONIO.

Ciego de amor.

JACINTA.

Ah! esa es una ceguera que la cura el vicario con faciliá.

GORGONIO.

No... la mia se curará en el sepulcro.

JACINTA.

Está usté loco? pues ahora podia usté dar en eso.

GORGONIO.

Ya sabes, que aunque auxiliar de la Direccion de Contribuciones, yo soy un jóven honesto.

JACINTA.

Vaya si lo sé...

GORGONIO.

Tampoco ignoras, que dentro de mi noble pecho hay un corazon de fuego.

JACINTA.

Alante.

GORGONIO.

Lo que te falta saber es, que soy muy desgraciado.

JACINTA.

Bá!... esa es grilla!

GORGONIO.

Sí, Jacinta, soy muy desdichado.

JACINTA.

Pero qué le pasa á usté?

GORGONIO.

Lo sabrás, porque necesito confiar á alguien mis penas, y á quién mejor que á tí que me quieres tanto?...

JACINTA.

Y que soy capáz de romperle la crisma de una puñá al que le ofenda. Vaya, vaya... cuénteme usté...

GORGONIO.

Oye... y tiembla. Hará cuatro meses que me encontraba yo cierta noche en una butaca del teatro del Circo.

JACINTA.

En rutaca? Usté siempre ha dío á la irnominia.

GORGONIO.

Antes. Pero desde que soy alabardero...

JACINTA.

Calla!... se ha hecho usté melitar?

GORGONIO.

No, mujer. Alabardero se llama en los teatros, al que sin más títulos que los de la amistad ó parentesco con el empresario ó alguno de los actores, tiene entrada gratis, y se sienta donde quiere...

JACINTA.

Y es el que más palmotea?

GORGONIO.

No, generalmente es el que más critica.

JACINTA.

Pues si yo juera impresaria...

GORGONIO.

Estaba yo arrellanado en dicha butaca, cuando en la escena más patética del primer acto, se abre un palco de platea, y veo entrar en él á la mujer más hermosa... qué digo mujer?... La hada, la sílfide más bella que pudiera crear la imaginacion de Miguel Angel... Conoces tú á Miguel Angel?...

JACINTA.

Angel?... ah! sí: Angel Lopez Regatero... un mataor de toros.

GORGONIO.

No, mujer; fué un pintor afamado.

JACINTA.

Lo mesmo dá.

GORGONIO.

La acompañaban una señora cincuentona y fea, y un caballero bigotudo y malcarado.

JACINTA.

Serian sus padres.

GORGONIO.

Desde aquel momento mis anteojos fueron dos trabucos apuntados siempre al semblante de aquel serafin, que pronto se apercibió de mis miradas.

JACINTA.

Toma! ya lo creo.

GORGONIO.

Pero la vieja me miraba más, y el bigotudo me dirigia sin cesar sus ojos de leopardo, y hasta temí que me dirigiese tambien alguna silla del palco.

JACINTA.

Siga usté, siga usté.

GORGONIO.

Se terminó la funcion, y me lancé á la calle con intencion de se-

guir á mi ángel... Pero ¡oh fatalidad! llovia á cántaros, estábamo en noviembre, y yo vestia levita de alpaca.

JACINTA.

Mala tela es pá el agua.

GORGONIO.

A mi desconocida la esperaba un carruaje. Imposible seguirla. El bigotudo ponia el pié en el estribo. Se me ocurre una atrevida idea y la pongo en práctica. Cruzo como un relámpago entre su persona y el vehículo, y le hago dar media vuelta en el aire, y con su cuerpo en tierra.

JACINTA.

Anda!... sopapos tenemos.

GORGONIO.

Animal!... gritó con voz de trueno.—Perdon, caballero.—Yo no perdono á los cuadrúpedos.—Nos veremos.—Cuando usted guste: ahí va mi targeta... eso era lo que yo buscaba; pues de ese modo supe, que mi hombre vivia calle de la Pingarrona, núm. 58.

JACINTA.

Cincuenta y ocho?... Será quizá un melitar retirao?... El coronel Espoleta.

GORGONIO.

El mismo. ¿Le conoces?

JACINTA.

Vaya; pues si es el amo de la güerta en que yo vivo con mi tia, á media legua de aquí. Entonces la mujer de quien está usté enamorao, es la cuñá. La señá Matilde, una viudita mu guapa.

GORGONIO.

Cuñada?... Entonces, por qué quiere matarme el coronel?

JACINTA.

Porque tiene muy mal genio, y es celoso como un turco.

GORGONIO.

Pero si yo no miro á su mujer. Desde aquella noche he pasado

mil veces por su casa, y muy pocas he visto á mi sílfide; pero en cambio siempre se ha presentado la vieja, y detrás el maldito coronel, que me ha hecho correr como un gamo, para librarme de su furia.

JACINTA.

Y no ha pasao más?

GORGONIO.

Sí, Jacinta, escucha y extremécete. Era una tarde de enero, en que apoyado en la verja del estanque grande del Retiro, recreaba mi oido con el melodioso graznido de los patos, y miraba extasiado alejarse á mi amada con su hermana. De repente una fuerza hercúlea me eleva en el aire, oigo una voz que dice: miserable, al fin te encontré... y cataplum, me arroja en el agua.

JACINTA.

Caramba!... Pero como usté sabe naar...

GORGONIO.

Sí, como el pilon de una romana. Era el coronel, que se propuso enfriar mi pasion, porque no hay antídoto para el amor como el agua fria. Yo no sé cómo los peces se multiplican tanto.

JACINTA.

Probe señorito!

GORGONIO.

Unos guardas me sacaron de alli, y el remojon me costó quince dias de cama, y lo que es peor, perder á mi bella.

JACINTA.

Murió del susto?

GORGONIO.

Quiero decir, perder su pista; porque cuando me levanté, pasé por su habitacion, y me la encontré desalquilada.

JACINTA.

Bah!... Ya la verá usté en los treatos ó en la juente castellana.

GORGONIO.

Quiá!... Si no te he dicho lo peor. Se ha mudado ahí enfrente.

JACINTA.

Pues entonces, ancha Castilla. Y á eso llama usté lo peor? Por eso me ha dicho Teresa, una de las modistas, que pasa usté el dia en el balcon haciendo telegrájos.

GORGONIO.

Lo llamo lo peor, porque me ha visto el coronel, y me ha encañonado dos veces con la escopeta. Comprendes ahora la estension de mi infortunio?

JACINTA.

Pero tiene usté más que hablarla á ella? No está usté seguro de su cariño?

GORGONIO.

Te diré. La noche del teatro correspondió con sus miradas á las mias. Pero despues, puedo asegurar sin orgullo, que cada dia hace menos caso de mí.

JACINTA.

Toma!... toma!... conque son amores plantónicos?... Eso ya no se estila... Pero yo me estoy aqui tan descudiá, y el carro me estará esperando en la posá, pá golverme á la güerta.

GORGONIO.

Ya te quieres ir? Todavía es temprano. Son las diez de la mañana, y ya que estás aquí, me vas á hacer un favor.

JACINTA.

Repasar la ropa blanca?

GORGONIO.

Bien, y entretanto, voy á escribir una carta á mi viudita, que tú le entregarás, supuesto que la conoces...

JACINTA.

El mandao no es de mucho lustre, que igamos; pero por usté soy yo capaz...

GORGONIO.

Pues cose en ese gabinete, mientras yo escribo.

JACINTA.

Hasta empues.

ESCENA III.

GORGONIO, despues ADELA.

GORGONIO.

Esa muchacha ha venido hoy como llovida del cielo. Sí: es preciso salir de esta situacion que me consume y me... la escribiré, la declararé mi pasion y la...

ADELA.

Dispense usted, caballero... He encontrado la puerta abierta...

GORGONIO.

(Cielos! Ella aquí? Esto es un sueño! una fascinacion de mis sentidos!.. Aquí mi hermosa viuda!)

ADELA.

Extrañará usted sin duda verme entrar en su casa...

GORGONIO.

(Agua!.. éter!.. se me vá la cabeza!..) Señora!.. la admiracion del entusiasmo... (Vinagre aguado!) (Ofreciéndola una silla.) Pero tenga usted la bondad de tomar asiento. (Ay! se me doblan las piernas!) (Se sienta en dicha silla.)

ADELA.

Gracias, caballero.

GORGONIO.

(Levantándose.) (Uf! qué barbaridad!) Dispense usted, señora; pero mi turbacion... y el susto de la sorpresa... y la peripecia de... (Me parece que estoy disparatando.) Vuelvo á suplicar á usted que ocupe una silla! (Debo tener encendidos hasta los dientes.)

ADELA.

Es inútil. Se trata únicamente de una cuestacion, de que estoy encargada, para los pobres de la parroquia, y supongo que no se mostrará usted sordo á la voz de la caridad.

GORGONIO.

Mostrarme yo sordo á su voz de usted!.. (cuando conmueve todo mi ser!..) sordo, no; vizco, es lo que me deja usted con su presencia en mi...

ADELA.

Cuatro reales es el máximum que admitimos por cada lismosna.

GORGONIO.

Cómo cuatro reales? Mil duros... todo lo que yo tengo... (que es bien poco.) Una miserable peseta se dá por ver un cosmorama, una novillada ó un mico raro; pero por ver á usted daria yo un millon como un ochavo.

ADELA.

Es usted muy fino, pero está fijada la cuota, y me es imposible admitir...

GORGONIO.

No replico. Contribuiré con tan mezquina cantidad, pero á lo menos, permítame usted que se la dé en cuartos, para que abulte más. (Lo hace sacando cuartos de todos los bolsillos.)

ADELA.

Anotaré á usted en la lista. (Al escribir deja el pañuelo en la mesa.)

GORGONIO.

(El corazon se mueve en mi pecho como una campana á vuelo.)

ADELA.

Al propio tiempo, sírvase usted admitir esta invitacion...

GORGONIO.

(Para algun baile ó concierto en su casa! Estoy sudando de alegría!) Oh! señora! semejante bondad!...

ADELA.

Es para el sermon que ha de predicar mañana en nuestra iglesia el padre Izquierdo, célebre orador...

GORGONIO.

Ah!... el padre Izquierdo! (Pues no vá esto muy derecho.) En efecto, he oido hablar de ese padre Zurdo.

ADELA.

Izquierdo.

GORGONIO.

Lo mismo dá.

ADELA.

Cumplida mi cristiana mision, permita usted que me retire. Mi hermana me espera en el piso principal, ejecutando otro tanto.

GORGONIO.

Su hermana de usted? Ah! señora! la conozco por mi desgracia.

ADELA.

Diga usted más bien para desgracia de todos.

GORGONIO.

Cómo?... tambien usted siente el peso?...

ADELA.

De sus imprudencias y ligerezas. Las miradas y señas que dirige usted desde ese balcon á los nuestros, comprometen la tranquilidad de una familia.

GORGONIO.

Comprometer yo la tranquilidad de!... no, antes morir. Pero si usted supiera cuánto es mi amor...

ADELA.

Ese amor es un crímen, cuando se trata de una mujer casada.

GORGONIO.

Cielos! casada! conque usted es quien?... y su hermana es la?... esto es horrible! Dios mio!

ADELA.

Sí, es horrible! y ya que la casualidad nos hace hablar de tan delicado asunto, suplico á usted que sea generoso, y olvide para siempre á la que no puede amarle. (Vase.)

ESCENA IV.

GORGONIO.

Casada!.. luego la viuda es la hermana, y mi adorada pertenece á otro! y ese otro es el Coronel! y yo existo todavía!.. Sí, existo, pero será por breves momentos. Mi vida es ya un tren descarrilado: solo falta que reviente la máquina, y reventará de un pistoletazo.

MÚSICA.

Triste de mí!
qué es lo que oí?
Por qué, ¡Dios mio!
la conocí?
No hay más que hablar:
sin vacilar,
mi triste vida
debo acabar.
Abre, Dios piadoso,
tus altas mansiones
á un pobre empleado
de contribuciones.
Cedo á la desgracia
todo el capital,
porque no me abrume
con el cuarto en real.
De un trabucazo
voy á morir:
por qué, ¡Dios mio!
la conocí?

ESCENA V.

Dicho, ESPOLETA.

ESPOLETA. (Antes de acabar el canto y dándole un fuerte golpe en el hombro.) Caballero...

GORGONIO.

(¡El coronel!) Permítame usted un momento. (Sigue cantando. Espoleta vuelve á darle en el hombro.) Le repito á usted que me dispense: primero son estos señores. (Concluye el canto.)

ESPOLETA.

Parece que está usted muy contento.

GORGONIO.

Sí señor, estoy reventando de gusto.

ESPOLETA.

Me alegro.

GORGONIO.

Gracias: mande usted otra cosa.

ESPOLETA.

Usted penetra el objeto de mi venida?

GORGONIO.

No señor, ni quiero. Conque puede usted retirarse.

ESPOLETA.

Yo vengo á matar á usted.

GORGONIO.

Pues me hace usted un señalado servicio. Empiece usted por donde quiera.

ESPOLETA.

Me está usted cargando desde la primera vez que le ví.

GORGONIO.

Y usted me encocora desde mucho antes. Me lleva usted esa ventaja.

ESPOLETA.

Usted ama á mi mujer, no es cierto?

GORGONIO.

Yo soy un jóven honesto incapaz de...

ESPOLETA.

Ella ha estado aquí: la he visto entrar en esta casa con su hermana... Ah!... Este pañuelo... (Cogiendo el que dejó Adela.)

GORGONIO.

(Ahora me tritura.)

ESPOLETA.

Lo negará usted todavía? A. G. de E.

GORGONIO.

Y qué?

ESPOLETA.

Abundia Gomez de Espoleta.

GORGONIO.

(Abundia... el nombre no cuadra con...) Perdone usted, una cifra no prueba nada.

ESPOLETA.

No me venga usted con subterfugios. Ya le buscaré yo á usted las cosquillas.

GORGONIO.

Se cansará usted en valde, porque no las tengo.

ESPOLETA.

Y la infame gusta de sus arrumacos de usted.

GORGONIO.

Qué oigo?

ESPOLETA.

Y más de una vez he sorprendido una lágrima en sus ojos.

GORGONIO.

Una lágrima! Cuánto hubieran dado por ella Samper ó Ansorena, para colocarla entre sus mas ricas perlas.

ESPOLETA.

Déjese usted de floreos poéticos, y dispóngase á emprender su viaje para el otro mundo.

GORGONIO.

Justamente iba á tomar un billete de primera cuando usted entró.

ESPOLETA.

Pero como soy un militar honrado, no pienso asesinar á usted.

GORGONIO.

Me es igual.

ESPOLETA.

Esta noche espero á usted en el café de Oriente.

GORGONIO.

Corriente.

ESPOLETA.

Desde allí nos vamos al Campo del Moro, y nos rompemos el bautismo. Pero entre tanto procure usted que yo no le vea... porque no sé si podré contener mi furor. Beso á usted la mano.

GORGONIO.

Yo lo soy de usted.

ESCENA VI.

GORGONIO.

Batirme!.. espirar en las garras de ese cernícalo! No: yo le escusaré ese trabajo. Quiero morir por mi propia cuenta. Casada!.. y con ese hipopótamo! Esa horrorosa idea me infunde valor. La muerte no es más que un profundo sueño en el que no se ronca, lo cual es en extremo agradable para los compañeros de cuarto. Jacinta?.. Empezaré á ocuparme de mis funerales, porque ya debo considerarme difunto.

ESCENA VII.

Dicho, JACINTA.

JACINTA.

Me llamaba usté?

GORGONIO.

Sí: (voy á morir como los antiguos griegos: despues de un esplendido banquete.) Llégate á casa de Lardhí, y encarga que me traigan un almuerzo de doce cubiertos.

JACINTA.

Tiene usté convidaos?

GORGONIO.

Sí. (Las parcas y las sombras de mis acreedores, que se quedan á la luna de Valencia.) Un almuerzo expléndido. Perdíces, trufas, ostras... (Me gustaban tanto las ostras cuando yo vivia?...)

JACINTA.

Será usté servío.

GORGONIO.

Langostas, Jerez, Champañ. (El vino que era mi delicia antes de espirar.) No te detengas, Jacinta... Ah! pide tambien cabeza de jabalí. (Me la comeré como último recuerdo consagrado al coronel.)

JACINTA.

Voy á ponerme el pañuelo. (Vase.)

ESCENA VIII.

GABINO registrando el bolsillo.

Para pagar el almuerzo cuento con un napoleon y dos pesetas. Me parece que no es bastante; pero mis albaceas se encargarán... Sí... moriré como un filósofo de la antigüedad. Almorzaré bien, y despues, á guisa de plus café, me administro la cosa. (Haciendo la accion de tirarse un pistoletazo.) Aquí están las pistolas (Las saca del cajon y las deja sobre la mesa.) Entre tanto voy á poner en órden mis asuntos: á escribir mi última voluntad. Le dejaré mis bienes al más valiente de los que quedan en el mundo. Sí, se los legaré al gran turco como muestra de respeto á su valor. Tiene cuatrocientas mujeres y no se amilana. Eso es lo que se llama un hombre, y á ese nombraré mi heredero. (Vase.)

ESCENA IX.

JACINTA, despues TERESA, JULIA, LUISA y MODISTAS. ESTUDIANTES.

JACINTA.

Once convidaos! Güena bataola vá á moverse en la casa de un hombre solo. Diré en la fonda que traigan platos, mesas y tó lo necesario.

TERESA.

Jacinta?...

JACINTA.

Eh?... Qué patulea es esta?

TERESA.

No nos conoces?

JACINTA.

Calla?... pues si son las modistas de enfrente, vestías de sopistas!

TERESA.

Como es carnaval, hemos dado de mano en el trabajo, y queremos darle una broma á nuestro vecino, que de seguro no nos conocerá con estas hopalandas. Supongo que contamos con tu silencio.

JACINTA.

Vaya... pues si yo me pirro por una groma; ahí lo tienen ustés aguardando á unos amigos... Conque divertirse, mientras yo hago un encargo que ma encargao. (Vase.)

ESCENA X.

TERESA, JULIA, LUISA.—MODISTAS.

TERESA.

Astucia y disimulo. Creyéndonos unos jóvenes aturdidos, ganaremos su confianza y nos dirá á quién se dirigen las miradas y suspiros que lanza desde el balcon.

JULIA.

Creo que á mí.

LUISA.

Ó á mi.

TODAS.

Ó á mí.

TERESA.

Silencio. (De fijo son á mí.) Si hablamos todas á un tiempo, conoce al momento que pertenecemos al sexo de las cotorras.

TODAS.

Chist... chist.

JULIA.

Pero no digas que es á tí; porque cuando se asoma...

LUISA.

Mira siempre hácia mi lado.

JULIA.

Te equivocas, que es al mio.

TODAS.

No, no, al mio, al mio

TERESA.

Órden!.. ó por vida mia! que os mando á pasear, y nos quedamos en la misma duda.

TODAS.

Chist!.. chist!..

TERESA.

Para llamar su atencion y llenar el carácter que indica nuestro disfraz, empecemos por cantar una estudiantina.

TODAS.

Sí, sí, una estudiantina.

MÚSICA.

TERESA.

En las márgenes del Ebro
una niña me miró,
y al mirar que me miraba,

su mirada me quemó.
No me mires, niña,
no me mires más,
que tras tu mirada
el alma se vá.
Y me dá un sofoco,
y un temblor me dá,
que me vuelve loco
tu dulce mirar.
Con el tun, no mires, niña,
con el tun, mírame, sí,
con el tun, que si no miras,
con el tun, voy á morir.
Con el tun, ay! no.
Con el tun, ay! sí.

CORO.

No me mires, niña,
no me mires más etc.

TERESA.

Cuando Dios hizo este mundo
empezó por Aragon,
y de las aragonesas
le dió los rayos al sol.
No me mires, niña,
no me mires más, etc.

ESCENA XI.

Dichas, GORGONIO.

GORGONIO.

Qué jaleo es este? quién se atreve á turbar el sosiego de mi casa... (En tan lúgubres momentos?)

TERESA.

Caballero!..

TODAS.

Señor mio...

GORGONIO.

Puedo saber á quién tengo el honor?..

TERESA.

Camilo de Guzman, estudiante de medicina.

JULIA.

Manuel de Alvarado, cursante de farmácia.

LUISA.

Fernando Luque, de filosofía.

TERESA.

Y Julian Perez... y Alfredo y Diego... todos estudiantes.

GORGONIO.

Lo celebro.

TERESA.

En calidad de tales, procuramos estudiar poco, y divertirnos mucho.

GORGONIO.

La educacion moderna.

TERESA.

Nosotros fumamos, bebemos y... jugamos.

GORGONIO.

Estudios muy provechosos; pero eso no me indica el objeto...

TERESA.

De nuestra venida? á eso voy. Usted fuma?

GORGONIO.

Papelillos.

TERESA. (Ofreciéndole.)

Si es usted servido...

GORGONIO.

Gracias.

TERESA.

Compañeros, mano de cigarro. (Todas sacan cigarrillos y se preparan á fumar.)

GORGONIO.

(Que familiaridad y desparpajo!)

TERESA.

Pues señor, es el caso, que como hoy es primer dia de carnaval, hemos adoptado el antiguo trage escolar, para divertirnos cuanto podamos. Chicos, echar un fósforo. (Todas á la par encienden cerillas que ofrecen á Gabino. Este acepta una y enciende su cigarro. Las demás encienden los suyos.)

GORGONIO.

Gracias. (Estas luces son los blandones de mi entierro.)

TERESA.

Continúo. Este, Julian, que vive en una de las casas de enfrente, ha observado que está usted triste y meditabundo, porque sin duda le consume algun pesar.

GORGONIO.

Pues Julian ha puesto el dedo en la llaga.

TERESA.

Por lo mismo, nosotros, á fuer de jóvenes alegres, hemos decidido venir á informarnos de sus pesares de usted, para consolarlos con nuestra buena amistad.

GORGONIO.

Yo agradezco ese rasgo de juvenil entusiasmo, pero mis penas no tienen consuelo. Desesperado... solo en el mundo, arrastro una existencia monótona y miserable. Eh? quién llega? ah!.. es mi desayuno, al que desde luego invito á ustedes. (Han entrado varios criados con las mesas suficientes, cubiertas de manjares, para que se sienten todos los que hay en escena.) Habia mandado prepararlo para otros amigos, que ya no vendrán, y tendré sumo placer en que ustedes les sustituyan.

TERESA.

Aceptado en prueba de cordial afecto.

GORGONIO.

Oh! Gracias otra vez.

TERESA.

Y supongo, que los disgustos de usted serán originados por alguna ingrata á quien ama?

GORGONIO.

Hubo un tiempo, en que yo amaba á las mujeres. Ahora las aborrezco.

TERESA.

Tan mal le han tratado á usted?

GORGONIO.

Hubo un tiempo, en que no podia mirar ni á la Cibeles del Prado. Aquellas espaldas me extremecian. Hoy todo ha pasado. Mi corazon está seco, mi pecho cerrado para las dulces emociones, mi alma sumida en un piélago insondable de amargura y de lágrimas!.. Me parece que ya está el almuerzo dispuesto. Conque, cuando ustedes gusten...

TODAS.

A la mesa, á la mesa.

TERESA.

En ella nos relatará usted sus pesares. (Se sientan.)

GORGONIO.

Bien podré hacerlo, porque mi boca se niega á tomar alimento.

TERESA.

Qué diablos! ánimo, y haga usted un esfuerzo.

GORGONIO.

No... seria inútil. Páseme usted las chuletas.

TERESA.

Pero, bien, quién es la traidora, que ha puesto á usted en tal situacion?

GORGONIO.

Una por quien aborrezco á la humanidad, una por quien detesto la vida, una por quien ódio los placeres!... Cuando se sirva usted de ese pescado... no, despues de usted. Una, en fin, por quien execro el amor.

TERESA.

Execrar el amor!.. Ese sentímiento dulce y poderoso!...

GORGONIO.

Yo sostengo que el amor es la langosta de la humanidad. (Cogiendo una langosta.)

TODAS.

Jesus! qué sacrilegio!

MÚSICA.

GORGONIO.

El que dice que el amor
llena el alma de placer,
es un mísero impostor.
que no entiende de querer.

TERESA.

El que dice que el amor
no dá el colmo del placer,
ese sí que es impostor
y no entiende de querer.

CORO.

Yo sostengo que el amor
llena el alma de placer,
y es un mísero impostor
quien condena ese querer.

GORGONIO.

El amor nos quita

la tranquilidad.

TERESA.

El amor nos colma
de felicidad.

GORGONIO.

Todo en él es falso,
todo es ilusion.

TERESA.

Todo en él es dicha
para el corazon.

GORGONIO.

Vaya fuera esa quimera
que mi mente fascinó.

TERESA.

Viva siempre esa quimera
que mi mente fascinó:
vivan siempre las hermosas,
con el vino y el amor.

CORO.

Viva siempre esa quimera
que electriza el corazon:
vivan siempre las hermosas,
con el vino y el amor.

TERESA.

Yo digo que el amor
es fuente de placer,
que templa el cruel dolor
de nuestro amargo ser.
Sostengo que el amar
con vértigo febril,
es embriagado estar
en célico pensil.
Amemos ¡vive Dios!
con plácida embriaguez,
y en fuego abrasador

se extinga nuestro ser.
Que amando se pasa
la vida feliz,
y amor es la fuente
de dicha sin fin.
Ufanos cantemos
de amor la excelencia,
que dá á la existencia
ventura sin par.
A brindar, á beber
por el dios del placer.

CORO.

Ufanos cantemos
de amor la excelencia,
que dá á la existencia
ventura sin par.
A brindar, á beber
por el dios del placer.

GORGONIO.

Yo digo que el amor
nos lleva al padecer,
que es fuente de dolor
y amarga nuestro ser.
Sostengo que el amar
con vértigo febril
es embriagado estar
en dañador pensil.
Huyamos, ¡ vive Dios!
de tal insensatez,
y el fuego abrasador
rechace nuestro ser.
Que amando se pasa
la vida infeliz,
y amor es la fuente
de males sin fin.
Por siempre neguemos
de amor la excelencia,

que dá á la existencia
desdicha sin par.
A brindar, á beber,
y el amor repeler.

CORO.

Ufanos cantemos
de amor la excelencia,
que dá á la existencia
ventura sin par.
A brindar, á beber
por el dios del placer.

(Concluido el canto dejan las mesas, que se llevan los criados.)

TERESA.

Esos pensamientos revelan, que su juicio de usted no está muy en caja. Pero sepamos al menos, por quién lo ha perdido usted: díganos el nombre de esa hermosura.

GORGONIO.

Su nombre!... Quieren ustedes saber su nombre?... Habia jurado no revelarlo á nadie... porque no lo sabia. Pero desde hace una hora, sé que se nombra .. (Si les digo que se llama Abundia, me van á silbar.)

TODAS.

Se nombra?..

GORGONIO.

Palmira.

TERESA.

No soy yo!...

JULIA.

Ni yo.

TODAS.

Ni yo.

GORGONIO.

Palmira, esbelta como una palmera, y con un palmito capáz de enloquecer... pero es casada, y un jóven honesto no debe aspirar... (Estoy decidido: ha llegado el momento y voy á saltarme la tapa de los sesos.) Caballeros, perdon por un instante. Tengo que arreglar mi maleta para cierta escursion de recreo.

TERESA.

Se marcha usted de Madrid? Por mucho tiempo?

GORGONIO.

No, volveré por aquí... (el dia del juicio final.) Es decir, así como la semana que viene. Hasta la vista, pues, amigos mios. Abracémonos.

TERESA. (Retirándose.)

Eh?.. como?

GORGONIO.

Rehusarán ustedes el abrazo de un desgraciado?.. Entre hombres no se niega nunca...

TERESA.

Oh! es verdad.

GORGONIO. (Abrazándolas.)

Por siempre quedará grabada en mi corazon, la cariñosa solicitud con que han procurado aliviar el doloroso infortunio de mi!... Me parece que usan ustedes mucha ropa para el tiempo en que estamos.

TERESA.

Hasta la vuelta, jóven simpático.

GORGONIO.

Abur. (Tomando las pistolas y dirigiéndose al balcon.) Para tí mi último suspiro, para tu esposo mi postrera maldicion, y para ese cielo tan brillante mi última mirada!.. Ah!.. Señores, que ustedes sigan bien.

(Vase por la puerta derecha.)

ESCENA XII.

TERESA, MODISTAS.

TERESA.

Qué hombre tan original!

LUISA.

Fracasaron nuestros proyectos.

TERESA.

Su aire sombrio, y ese enigmático lenguaje me hacen temer...

LUISA.

Ha tomado las pistolas!

TERESA.

Dios mio! será capaz de atentar?..

LUISA.

Corramos á impedir...

(Se oye un tiro.)

TODAS.

Ah! (Todas caen desmayadas á un tiempo en las sillas.)

ESCENA XIII.

Dichas, GORGONIO, pálido, con el pelo descompuesto y una pistola en la mano.

GORGONIO.

No hay que asustarse. A mi pesar, todavia existo.

TODAS.

Oh! (Levantándose con alegria.)

TERESA.

Pero está usted herido?..

GORGONIO.

Creo que no.

TERESA.

Atentar contra su vida...

GORGONIO.

Estaba resueltamente decidido á destrozarme de un balazo esta especie de pajarera que se llama cabeza. Para egecutarlo con más seguridad, y para verme por última vez, me coloqué delante de un espejo, y al mirarme, me admiré, y no pude por menos de exclamar: infelice jóven! tus bellos ojos van á cerrarse para siempre!... tu dulce sonrisa no aparecerá más en tus rosadas megillas!... tu carmínea boca vá á exhalar el último aliento!... En fin, me identifiqué de tal modo con mi bella imágen, que disparé hácia ella, creyendo que era lo mismo, y en vez de destruirme la cabeza, he destruido el espejo... pero todavia me queda otra pistola cargada...

TERESA.

Desdichado! qué intenta usted?

TODAS.

No, por piedad!

GORGONIO.

Si ustedes se empeñan, lo dejaré para más tarde.

TERESA.

Para más tarde? para nunca. Olvide usted de una vez á la traidora que lo desespera.

GORGONIO.

Olvidarla!.. jamas! y mire usted... casi casi era lo mejor.

TERESA.

Encontrará usted mil muchachas que lo adoren.

LUISA.

Pues es claro.

GORGONIO.

Mil?... no soy tan ambicioso: con quinientas me contento.

TERESA.

Empiece usted por adoptar otro género de vida. Por concurrir á los bailes, á los paseos... ¿Quiere usted favorecer un baile que damos nosotros hoy mismo?

GORGONIO.

Ustedes?

TERESA.

Un baile matinal, de aquí á una hora, en casa de Madama Pachulí, acreditada modista.

GORGONIO.

Pachulí?... Ese baile me empieza á oler bien.

TERESA.

Nos ha cedido sus salones por todo el dia, y hemos invitado á toda la vecindad. Aquí tiene usted un billete de convite.

GORGONIO.

Gracias: no faltaré.

TODAS.

Bravo!

GORGONIO.

(Esa diversion será para mí la última. Al volver á casa, me despavilo.) Por supuesto, no habrá que ponerse frac...

TERESA.

Quiá! Es una reunion de confianza. Levita pelada.

GORGONIO.

(Pocas irán con menos pelo que la mia.)

TERESA.

Entereza, pues.

LUISA.

Energía.

TODAS.

A danzar y á reir.

GORGONIO.

Repito que no he de faltar.

GORGONIO.

Bailaré,
por mi fé.
Y segun marque el compás,
mis alígeros piés
la batuta seguirán.
Que me puedo lucir
en la polka ó schotis,
y lo mismo soy yo
para wals que galop.
Tarí, tatí, tató,
tari, tatí, tató.

TERESA.

Si vá usted,
por mi fé,
que segun marque el compás,
mis alígeros piés
á los suyos seguirán.
Que me quiero lucir
en la polka ó schotis,
y lo mismo soy yo
para wals que galop.
Tari, tatí, tató,
tarí, tatí, tató.

(Baila con Gorgonio.)

TODAS (bailando.)

Tarí, tatí, tatí,
tarí, tatí, tató.
Vaya al báratro profundo
la tristeza y el dolor,
reinen solos en el mundo

los placeres y el amor.
Tarí, tatí, tarí, tató.
Por siempre reir,
por siempre gozar.
Por siempre vivir
en grato solaz.
(Todos se retiran bailando.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala con espejos, sillas, mesas, etc.—Puerta al foro que conduce al exterior.—Otras dos á la izquierda del actor.—A la derecha balcon.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparecen TERESA Y CORO de ambos sexos, bailando los últimos compases de una habanera.—Concluido el baile empieza el canto.

MÚSICA.

CORO.

Bravo, bravo!
lo hemos hecho
como no hay más que pedir,
y cual cumple
á los amigos
de madama Pachulí.

TERESA.

Yo, que por ausencia de ella,
los honores hago aquí,

gracias debo dar en nombre
de madama Pachulí.
Lo más elegante
de la poblacion,
se viste constante
en este salon.
Que es incuestionable
que aquí se hace bien,
el traje de baile
y el de neglisé.
Aquí viene
la que tiene
más cintura
que un tonel,
y á la calle
saca el talle
con elástica
esbeltez.
Aquí acude
la que elude
de los años
el rigor,
y le roba
la corcova,
de sus trajes
el primor.
Que es incuestionable
que aquí se hace bien,
el traje de baile
y el de neglisé.

CORO.

Es cosa innegable
que aquí se hace bien,
el traje de baile
y el de neglisé.

TERESA (Á las Modistas.)

Habeis visto al vecino?

MODISTAS.

Aun no llegó.

TERESA.

Que falte á su palabra
temiendo estoy.

MODISTAS.

No faltará.

TERESA.

Silencio, compañeras,
que aquí está ya.

ESCENA II.

Dichos, GORGONIO.

GORGONIO.

Señoritas... caballeros...

MODISTAS (Dándole la mano.)

Don Gorgonio, cómo vá?
Cómo estamos, don Gorgonio?

GORGONIO.

A Dios gracias, regular.
(Por lo que voy viendo
en mi rededor,
es de medio pelo
esta reunion.)
Mas, qué estoy mirando?
voto á Lucifer!
La faz de Camilo!
la faz de Manuel!

MODISTAS (Al oido.)

Y la de Fernando,
y la de Julian!
Pero don Gorgonio,
chito, por piedad.
Para divertirnos

con tan buen ardid,
hemos adoptado
traje mugeril.

GORGONIO (Al oido.)

Pues les digo á ustedes
que les va tan bien,
que al más rechiflado
pegan un pastel.
Por lo mismo deben
con cuidado andar,
no haga algun barbudo
una atrocidad.
¡Ay! qué bonitas!
qué lindo pié!

MODISTAS (Enseñándole.)

Ya se vé...

GORGONIO.

¡Ay! qué cintura
con el corsé!

MODISTAS (Dando una vuelta.)

Miré usté...

GORGONIO.

Esa sonrisa
brinda al amor.

MODISTAS (Sonriéndose.)

Sí, señor.

GORGONIO.

Y está bien puesto
el arrebol.

MODISTAS (Arrimándole la cara.)

Eso no...

GORGONIO.

Chito!

MODISTAS.

Chito!

GORGONIO.

No hay cuidado,
en silencio quedará,
que es del género de pega
vuestra púdica beldad.

MODISTAS.

Chito!

GORGONIO.

Chito!

MODISTAS.

Don Gorgonio
en su pecho guardará,
que es del género de pega
nuestra púdica beldad.

CORO DE HOMBRES.

Chito, chito! y escuchemos
lo que allí charlando están,
las modistas relamidas
y ese intrépido galan.

TERESA.

Señores y señoritas: pueden ustedes pasar á los otros salones, donde se sirve el refresco.

GORGONIO.

(Que será de mistela y aguardiente.) (Váse el coro por las puertas de la izquierda.)

ESCENA III.

TERESA.—GORGONIO.

GORGONIO.

Pero, señor, si parece mentira! Un estudiante de medicina, con ese aire tan propio de damisela... con ese cútis y ese cuerpo! (Queriendo abrazarla.)

TERESA.

Eh!... poco á poco...

GORGONIO.

Cómo poco á poco?... entre hombres...

TERESA.

Por lo mismo no me gustan sus abrazos... Pan con pan...

GORGONIO.

Tiene usted razon. Comida de necios.

TERESA.

Si fuera usted una muchacha...

GORGONIO.

Se dejaria abrazar por mí?

TERESA.

Con toda el alma.

GORGONIO.

Pues si lo fuera, confieso que podria usted abusar de mi inocencia. Es verdad que si yo naciera mujer, hubieran abusado tantos... Pero qué capricho ha sido el de vestirse de mujeres?..

TERESA.

Una humorada de estudiantes. La dueña de este establecimiento que es... mi tia, se ha marchado á Leganés.

GORGONIO.

Está loca?

TERESA.

No, tiene allí unos parientes, y me ha cedido este local por todo el dia. Aprovechando esa circunstancia y adoptando este traje, nos hemos fingido mis compañeros y yo oficialas de mi tia... y hemos invitado á este baile, en su nombre, á todos sus conocimientos.

GORGONIO.

Me parece bien la idea. Nos vamos á divertir de lo lindo. Pero qué hablo de divertirme, cuando tengo el alma hecha girones por ese infortunado amor!...

TERESA.

Qué diablo! ensanche usted ese corazon.

GORGONIO.

Si pudiera mostrarlo!... veria usted una pasa de Málaga...

TERESA.

Aun le dura esa manía?

GORGONIO.

Y me durará mientras viva!

TERESA.

Quiá! hasta que vea usted á otra que le agrade. Habrá usted amado á tantas...

GORGONIO.

Lo confieso. He amado á tres mujeres.

TERESA.

Digo!... digo!...

GORGONIO.

A... Palmira, á mi madre y á mi nodriza.

TERESA.

Nada más!

GORGONIO.

Lo juro.

TERESA.

(Pobre chico!) Bien, pues entremos en esas otras habitaciones, y tal vez encuentre usted... hay muy bellas chicas.

GORGONIO.

No..... exceptuando á Palmira, todas las mujeres me parecen comadrejas. Si á lo menos hubiese alguna que se pareciese á usted.

TERESA.

A mí?

GORGONIO.

Quiero decir, no en el sexo, sino en el rostro. La naturaleza ha padecido una deplorable equivocacion: al ponerle á usted esa cara, debió dotarle de los demás adornos del sexo encantador.

TERESA.

De veras?

GORGONIO.

Si yo encontrara una mujer como usted...

TERESA.

Olvidaria á Palmira?

GORGONIO.

Olvidarla!... Jamás!... pero lo que es pegársela, si podia...

TERESA.

Pues..... la querria usted por puro pasatiempo, como generalmente queremos los hombres; lo cual es una picardia. Engañar á la mitad más bonita del género humano!...

GORGONIO.

Como ella engaña á la más fea, si esta se descuida.

TERESA.

Beso á usted la mano. Solo de escuchar esa heregia, se me crispa el cabello. (Váse por la primera puerta de la izquierda.)

GORGONIO. (Siguiéndola.)

Pero oiga usted, caballerito: lo que yo sostengo es... Pues no es poco rigorista este mozo.

ESCENA IV.

ABUNDIA.—ADELA, por la segunda puerta izquierda.

ABUNDIA.

Cielos!.. Es él! No le has visto, hermana mia? Me persigue por todas partes.

ADELA.

Bien... pero á qué vienen esos extremos? Quieres que se entere todo el mundo?

ABUNDIA.

Tienes razon!.. No sé lo que hago! pero tú guiarás mi inexperiencia por el camino del pudor.

ADELA.

(Su inexperiencia! y tiene treinta años más que yo.)

ABUNDIA.

Tú, con los consejos de la sana razon, curarás este vértigo que trastorna todo mi ser, y que ciñe mis síenes como un anillo de hierro candente.

ADELA.

Pero reflexiona...

ABUNDIA.

Infeliz!.. piensas que no he reflexionado? Ese jóven me adora, delira por mí, y yo... No, yo no le amo, yo no debo amarle. Bien sabes que esta misma mañana no quise subir á su casa para esa cuestacion, y que tú te encargaste...

ADELA.

Pero eso no basta. Es fuerza que le olvides...

ABUNDIA.

Olvidarle!.. Pídele al sol que no alumbre... al arroyuelo que no murmure...

ADELA.

Sobre todo, recuerda que eres casada.

ABUNDIA.

Oh! demasiado lo sé.

ADELA.

El coronel, aparte de sus rarezas, es un hombre digno de estimacion.

ABUNDIA.

Me casé con él niña inexperta.

ADELA.

Tenias cuarenta años...

ABUNDIA.

Treinta y nueve y medio, si me lo permites. Y que importa la edad, cuando el corazon está vírgen? Ah! mi casamiento con Espoleta fué un maridaje monstruoso entre una tórtola y un avestruz.

ADELA.

Al que debes resignarte.

ABUNDIA.

Tú á lo menos te casaste enamorada...

ADELA.

Con un hombre que amaba á todas las mujeres, menos á la suya.

ABUNDIA.

Pero que te hizo la fineza de morirse al poco tiempo. No me hará mi marido el propio agasajo.

ADELA.

Vamos, mi buena hermana, sé razonable.

ABUNDIA.

Por distraerme he venido á este baile, al que nos han convidado esas buenas chicas, y la fatalidad trae tambien aqui á mi perseguidor.

ADELA.

Pues marchemos al momento.

ABUNDIA.

Sí, nos iremos esta tarde al campo. La soledad de los bosques, el arrullo de la cándida paloma... eso es lo que conviene á mi corazon afligido.

ADELA.

Bien, pues avísale á tu marido que está en ese gabinete: el coche nos espera, y pasaremos lo restante del dia en la huerta.

ABUNDIA.

Me someto á la voluntad de Dios.

GORGONIO. (Saliendo al ver á Adela.)

(Cielos! Ella aquí?)

ABUNDIA. (Al verle.)

Ah!!! (Váse.)

ESCENA V.

ADELA.—GORGONIO.

ADELA.

Caballero, esta es una persecucion insufrible.

GORGONIO.

Señora...

ADELA.

No le basta á usted saber por mi propia boca, que su conducta compromete el bienestar de todos?

GORGONIO.

No culpe usted á mi conducta, culpe á mi perversa estrella, que me lleva de escollo en escollo al más profundo de los abismos.

ADELA.

No comprendo...

GORGONIO.

Yo soy un jóven honesto.

ADELA.

Si eso es verdad, por qué no respeta usted el decoro de la mujer á quien dice que ama?...

GORGONIO.

Habia jurado no volverla á ver, y que una bala bienhechora me librase de mi martirio. Aquí tengo una carta despidiéndome de ella.

ADELA.

Dios mio! Eso es horrible!

GORGONIO.

Qué oigo? Usted se interesa por mi vida?

ADELA.

Yo me intereso por la de todo el mundo. (Matarse por mi hermana!)

GORGONIO.

Ah! repítame usted que no quiere que yo muera.

ADELA.

Lo repetiré mil veces. Eso, además de ser una locura, quizás agravaria la situacion de... para qué ocultarlo, cuando usted estará penetrado?... Ella sufre tambien.

GORGONIO.

Dios mio!

ADELA.

Y aunque nunca faltará á sus deberes, tal vez sienta herida el alma por el mismo dardo...

GORGONIO.

(Cielos!... me ama!) Esas palabras me elevan á veinte metros sobre los demás hombres.

ADELA.

Pues que ellas sirvan tambien para escitar su generosidad.

GORGONIO.

Señora, sé lo que me toca hacer.

ADELA.

El coronel tiene vehementes sospechas...

GORGONIO.

Yo le prometo á usted borrarlas á costa de mi dicha. (Sí... estoy decidido. Voy á casarme con su hermana, y de este modo se persuadirá el coronel... Dios mio! Casarme con ese fenómeno!)

ADELA.

Oh! Si lo hace usted, le guardará siempre mi corazon un cariñoso recuerdo... Llora usted, amigo mio?...

GORGONIO.

Cuando usted conozca mi resolucion, se persuadirá de que derramo estas lágrimas, con sobrado motivo.

ADELA.

Cualquiera que sea, yo se la agradezco, y le tiendo mi mano en señal de amistad. (Le da la mano.)

GORGONIO.

Oh! qué hace usted, señora?

ADELA.

Adios. (Váse.)

ESCENA VI.

GORGONIO.

Esta sensacion es superior á mis fuerzas. El contacto de su mano ha producido en la mia el efecto de un avispero. Mi sangre es lava ardiente... y sin embargo, mi resolucion es irrevocable... Que venga el coronel antes de que se enfrie mi heroismo; quiero hablarle al señor de Espoleta.

ESCENA VII.

Dicho.—ESPOLETA.

ESPOLETA.

Eh?... quién me llama?

GORGONIO.

(Gorgonio! Sacríficate por la que amas.)

ESPOLETA.

Mil millones de bombas! Qué hace usted en esta casa?

GORGONIO.

Es muy sencillo, estoy de visita.

ESPOLETA.

Imposible; usted no cabe donde yo estoy.

GORGONIO.

Pues que ensanchen el cuarto, y tenga usted la bondad de escucharme.

ESPOLETA.

Pretende usted quizá eludir el desafío?

GORGONIO.

Pretendo sacarle á usted de un error.

ESPOLETA.

Caballero, sepa usted que yo no me mamo el dedo.

GORGONIO.

Mejor para usted, porque es un vicio muy feo.

ESPOLETA.

Acabemos de una vez.

GORGONIO.

Si no me deja usted que empiece, no acabaremos nunca.

ESPOLETA.

Adelante. De qué se trata? digámelo usted pronto, rezado ó cantado ó como quiera, pero que sea pronto.

GORGONIO.

Bueno, pues se lo diré cantado, como si estuviéramos representando una zarzuela.

GORGONIO.

Piensa usted que yo idolatro
á su púdica mitad?

ESPOLETA.

Justamente, y tambien pienso
que le voy á extrangular.

GORGONIO.

Pues está usté en un error.

ESPOLETA.

No señor.

GORGONIO.

Sí, señor.
Cachaza y silencio

reclamo, por Dios.

ESPOLETA.

Acabe usted pronto,
que no estoy de humor...

GORGONIO.

Es verdad que el niño alado
con malicia singular,
apuntándome una flecha,
disparó inhumano... y zas...
me mató
con su hiel,
mas no fué por su mujer.

ESPOLETA.

Es verdad que el niño alado
con astucia singular,
apuntándole una flecha,
disparó inhumano... y zas...
le mató
con su hiel,
al mirar á mi mujer.

GORGONIO.

Que no fué por ella
le vuelvo á decir.

ESPOLETA.

Pues yo no presumo
que fuera por mí.

GORGONIO.

Tiene usted razon,
pues yo nunca vi
enfermar de amor
por un puerco-espin.
La que mi pecho adora
es su gentil cuñada.

ESPOLETA.

Que escucho?

GORGONIO.

Solo en ella
fijaba mis miradas.

ESPOLETA.

Si no es usté un taimado
y lo que dice es cierto,
le pido mil perdones
por mis pasados celos.

GORGONIO.

Su hermana me embelesa.

ESPOLETA.

Mi hermana es gran bocado.

GORGONIO.

(Para un perro de presa
será pintiparado.)

ESPOLETA.

(Por si es una emboscada
alerta viviré.)

GORGONIO.

(En aras de mi amada)
me sacrificaré.)

ESPOLETA.

Mi hermana es guapa
y si la atrapa,
con su buen dote,
con su genial,
la córte toda
verá en la boda
que es usté un jóven
muy principal.

GORGONIO.

(Decir que es guapa
con tal solapa,
de mi desdicha

es abusar.
La corte toda
al ver mi boda,
dirá que debo
gastar bozal.)

ESPOLETA.

Pero hombre, permítame usted que le diga, que ha estado demasiado torpe. Si desde el primer dia me hubiese usted significado...

GORGONIO.

Qué quiere usted?.. la cortedad y el encogimiento y... (entre paréntesis: qué feo es mi concuñado.)

ESPOLETA.

Dispénseme usted que le diga, que ha sido falta de cacúmen. Yo soy muy franco, y sin adularle, me atrevo á asegurar, que cuando Dios repartió el talento, usted se encontraba ausente.

GORGONIO.

Sí, y usted tuvo la culpa; porque como allí no dejaban entrar á los feos, me ocupaba en buscarle á usted otra cara, para que lo admitieran en la reunion.

ESPOLETA.

Le agradezco el cuidado, y solo tengo que hacerle una advertencia.

GORGONIO.

A saber.

ESPOLETA.

Yo no me mezclo en amoríos que no me importan.

GORGONIO.

Hace usted muy bien.

ESPOLETA.

Por consiguiente, si es cierto lo que me ha dicho, usted se en-

tenderá con mi cuñada, y allá se las hayan. Pero si fuese una añagaza, si tratase usted de engañarme... Ve usted ese balcon?...

GORGONIO.

Si, señor.

ESPOLETA.

A catorce varas del suelo.

GORGONIO.

No he medido la altura.

ESPOLETA.

Pues por él baja usted sin escala, si intenta burlarse de mí. Por lo demas yo soy uu amigo de usted. (Dándole la mano.)

GORGONIO.

Gracias: es usted muy fino. (Ay! este hombre tiene una fuerza hercúlea.)

ESPOLETA.

Con su permiso voy á mandar aprestar el carruaje, para marcharme al campo dentro de algunos minutos.

GORGONIO.

Ah!.. se vá usted al campo? aquellos alimentos deben serle muy útiles.

ESPOLETA.

Caballerito, le advierto que no gusto de reticencias.

GORGONIO.

Quiero decir... aquellas aguas y aquellas frutas...

ESPOLETA.

Y aquel aislamiento en que no veo gentes que me incomodan. Para servir á usted. (Váse.)

GORGONIO.

(Que usted se rompa la crisma al bajar la escalera.)

ESCENA VIII.

GORGONIO (Dirigiéndose al público.)

Pero, vamos á ver: ustedes que miran los acontecimientos desde ahí con más frialdad, no convienen conmigo en que este hombre es el primer original de la tierra? No convienen, asimismo, en que yo no puedo hacer más para tranquilizarle, que casarme con esa pandorga que se llama su cuñada? Francamente; se casaria alguno de ustedes con ella? (Mirando á la galería.) Eh?.. Me pareció escuchar... nada; si hay alguno que se atreva, se la cedo, y me sacará del más grave compromiso que he tenido en mi vida.

ESCENA IX.

Dicho.— TERESA, JULIA, LUISA.—MODISTAS.

TERESA.

Aquí tan solo, don Gorgonio? y nosotras... es decir, nosotros, buscándole á usted por toda la casa!

GORGONIO.

He tenido que tratar aquí ciertos asuntos de importancia.

TERESA.

Y ahi dentro consumiéndose el ponche sin que usted lo pruebe.

GORGONIO.

Ponche!.. Uno de los refrescos que yo preferia cuando era feliz. Pero ya se han acabado los goces para mí. Aborrezco el ponche, detesto la sociedad. (Sale un criado con una bandeja con vasos de ponche, y se sitúa á la derecha.)

TERESA.

Empezamos otra vez con la taravilla?

GORGONIO (Cogiendo un vaso de ponche en cada mano y bebiendo de ambos.)

Sí, Camilo, mi situacion se agrava por momentos, y los hados no ceden en su rigor. (Deja los vasos despues de apurarlos, y el criado pasa á la izquierda.)

TERESA.

Pero cuente usted: qué le ocurre de nuevo?

GORGONIO.

Ay! amigos mios: si ustedes supieran... La he visto, la he hablado aqui.

TERESA.

A quién?

GORGONIO.

A quién ha de ser? á mi ángel, á mi hada... á la que me hace desgraciado y me aleja del ponche y los placeres! (Toma otros dos vasos.)

TERESA.

Aquí? en esta casa? Quién es?

TODAS.

Quién es?

TERESA.

Diga usted su nombre.

GORGONIO.

Imposible: no puedo revelarlo, porque comprometeria su intachable opinion, porque es... casada.

TODAS.

Casada?..

TERESA (A las Modistas.)

Ya... será la boticaria, que es alegre de cascos.

JULIA.

Ó la polvorista, que es tentada de la risa.

LUISA.

Ó la del almacen de comestibles, que es muy coqueta.

GORGONIO.

Pues ni es farmacéutica, ni pirotécnica, ni ultramarina. Pertenece á la categoria de las deidades, de las ninfas, de las... (Tomando otros vasos.) Saben ustedes que he probado el ponche, y está muy bien hecho?

TERESA.

Sí, sí. Pero quién es esa deidad? Estoy rabiando por conocerla.

GORGONIO.

Y para qué? para que se enamore usted de ella, y nos jnntemos dos víctimas?

TERESA.

Le aseguro á usted que no corro ese peligro.

GORGONIO.

Además, he jurado olvidarla...

TERESA.

Eso, eso.

GORGONIO.

Y casarme con otra.

TERESA.

Magnífico!

TODAS.

Sublime!

JULIA (aparte á Luisa.)

Digámosle que somos mujeres.

LUISA.

Silencio.

TERESA.

Y, como le tengo dicho, encontrará usted otra más bonita.

GORGONIO.

Oh! mucho más! (Así se muera de repente.)

TERESA.

Y más juiciosa.

GORGONIO.

La suma circunspeccion. Les digo á ustedes que mi futura es el conjunto... (de todos los horrores.)

TERESA.

Eh?... pero la escogió usted ya?

GORGONIO.

Hace un cuarto de hora.

JULIA (aparte á las modistas.)

Cuando yo decia que el engaño nos iba á perjudicar...

TERESA.

Pero no me aseguraba usted, que solo podria reemplazar á su antigua adorada, una que se pareciese á mí?

GORGONIO.

Sí? pues se parece á usted como un huevo á un coco.

TERESA.

Eso es muy reprensible.

GORGONIO.

Eh?...

JULIA.

Sí, señor; eso es ridículo.

GORGONIO.

En cuanto á ridículo, demasiado lo sé.

TERESA.

Pues si lo sabe, es usted muy estúpido llevándolo á cabo.

GORGONIO.

Qué es eso de estúpido? Caballerito... suplico á usted que omita las palabras de doble sentido.

TERESA.

(Me ahoga la ira.)

TODAS.

Sí, señor; muy estúpido.

GORGONIO.

Pero á ustedes, qué les importa? (No parece sino que todos estos pollos querian casarse conmigo.)—Pero qué diantre!... bueno fuera que por una cosa tan fútil hubiera cuestion entre nosotros. Vaya... venga un abrazo y todo se acabó. (Dirigiéndose á Teresa.)

TERESA (Dándole un bofeton.)

Miserable!

GORGONIO.

Cómo... un bofeton! Esto provoca un desafío. (A Julia.) Usted será mi padrino.

JULIA (Dándole otro.)

Vaya usted enhoramala.

GORGONIO.

Vive Cristo! dos desafíos. (Dirigiéndose á Luisa.) Usted será uno de mis testigos.

LUISA (Id.)

Quítese usted de mi vista.

GORGONIO.

(Infierno! me va á dejar sin cara esta polleria!)

TERESA (A las modistas.)

Vamos de aquí, y dejemos á este menguado indigno de nuestra amistad.

GORGONIO.

Es que yo necesito una esplicacion...

TODAS.

Quite usted de ahí. (Vánse.)

ESCENA X.

GORGONIO: despues ABUNDIA.

Pues me han dejado las mejillas echando lumbre! Será que los estudiantes conocen ya mi pensamiento, y empiezan á burlarse de mi?... Aunque eso sea, ya no puedo retroceder. La palabra empeñada con aquel ángel... mis esplicaciones con el coronel...

ABUNDIA.

(Se habrá marchado? Mi propia hermana no ha podido menos de confesarme que es tan bueno...) (Viendo á Gorgonio.) Ah!...

GORGONIO.

(Aqui está... llegó el momento terrible!) Señora... Por qué intenta usted retirarse?

ABUNDIA.

Caballero, suplico á usted por lo más sagrado...

GORGONIO.

Hace tanto tiempo que deseo hablar con usted un instante...

ABUNDIA.

Conmigo?... no comprendo...

GORGONIO.

Con usted, que me ha robado la tranquilidad. (Dios mio! qué horrorosa es!)

ABUNDIA.

Usted comprenderá, que mi estado no me permite escuchar...

GORGONIO.

(Calla! viuda y remilgada!) Sin embargo, ese estado no le ha impedido á usted acibarar mi existencia dia tras dia. Porque era á usted á quien se dirigian mis miradas, á usted á quien enviaba mis suspiros.

ABUNDIA.

(Sus palabras llegan á mi oido como los acordes de un harpa.) Por piedad, deje usted que me retire.

GORGONIO.

La seguiré á usted hasta la luna, de cuarto en cuarto.

ABUNDIA.

(Qué lenguaje tan seductor!...) Aunque mi pecho no fuera insensible á esos suspiros, qué diria el mundo, qué diria mi marido?...

GORGONIO.

Su marido de usted... y quien se ocupa ya?.. Diria lo que dirán todos los que están en su triste caso, cuando sus mujeres les sustituyen. Además, yo le aseguro á usted que no lo sabrá.

ABUNDIA.

Pero su sombra me perseguiria de contínuo, mi rubor me acusaria en todas partes y tendria que ocultar mi rostro de los ojos de las gentes.

GORGONIO.

(Ya hace tiempo que debias haber adoptado esa medida.) El mundo... la sociedad... si esas añejas preocupaciones pueden retraerla, nos iremos ó ocultar nuestro amor al más escondido rincon de la tierra. (Para que no me silben.) Los peces, los pájaros, todos los seres vivientes buscan los rincones para ser felices.

ABUNDIA.

(Oh! cuánta poesía encierran sus palabras!) ¿No conoce usted, ilustrado jóven, que su dulce acento es como un aire colado que se introduce en mi pecho para producir en él la más ardiente de las fiebres? Mi semblante debe parecer un pimiento.

GORGONIO.

Sí... (En vinagre.)

ESCENA X.

Dichos, ADELA.

ADELA.

Pero qué locura es esta? Hablando aquí... (Me lo figuraba, y salgo á evitar...)

GORGONIO.

(La otra!... Oh! qué diferencia, Dios mio! La luz y las tinieblas: la azucena y el cardo!)

ADELA (A Gorgonio.)

De ese modo me cumple usted su promesa?

GORGONIO.

En este momento empezaba á llevarla á cabo.

ADELA.

Pues me gusta el principio.

GORGONIO.

Y para que usted no lo dude, la estaba declarando mi pasion.

ABUNDIA.

No te incomodes, hermana mia: lo hacia de una manera tan respetuosa, tan elegante...

ADELA.

Y si hubiera sorprendido á ustedes el coronel?

GORGONIO.

El coronel lo sabe todo.

ADELA.

Por lo mismo...

GORGONIO.

Le he confesado mi amor. (Aparte á Adela.) Comprende usted el sacrificio?

ABUNDIA.

A él?..

ADELA.

(Pero señor, este hombre está loco?) Y no le ha matado á usted?

GORGONIO.

Al contrario, está muy conforme.

ABUNDIA.

Eso es que prepara alguna horrible venganza.

ADELA.

Usted vá á ser nuestra perdicion.

GORGONIO.

No: yo los salvaré á todos con mi heroismo. (Aparte á Adela.) Ayúdeme usted, señora. (A Abundia.) Sí, yo la amo á usted con toda mi alma. (Las modistas asoman la cabeza por las puertas de la izquierda.)

ADELA.

Por piedad.

GORGONIO (Mirando á Adela.)

(Los celos destrozan su corazon.) (Aparte á Adela.) Valor... es preciso.

ADELA.

(Pero, qué dice este hombre?)

GORGONIO (A Abundia.)

Ese rostro encantador es el faro de mi existencia... (Las modostas dan una carcajada y se meten dentro sin ser vistas.) Eh?.. no han escuchado ustedes una carcajada?

ABUNDIA.

De las chicas que se divierten por allá dentro. Siga usted, siga usted.

GORGONIO.

(O de las furias del averno, que se gozan en su triunfo!)

ADELA (A Abundia.

Por el cielo, retirémonos de aquí.

GORGONIO.

Pero antes escuche yo de esos lábios una palabra de consuelo. (Cogiendo la mano de Abundia.)

ABUNDIA.

Temerario!... No atropelle usted mi candor.

ADELA.

Vírgen santa! que puede venir...

GORGONIO.

Se lo suplico de rodillas: una sola palabra de amor.

ADELA.

No lo dije?... el coronel! el coronel!...

ABUNDIA.

Gran Dios!... (Váse.)

ADELA (Cogiendo á Gorgonio por los hombros, y haciéndole que gire sobre sus rodillas para que aparezca arrodillado delante de ella y de espaldas á la puerta izquierda, por donde se ha marchado Abundia.)

Aquí.

GORGONIO (Sigue girando y da la vuelta completa, quedándose como estaba al irse Abundia)

No, aquí. (Esta mujer quiere que me estrangulen.)

ESCENA XII.

ADELA.—GORGONIO.—ESPOLETA,

ESPOLETA.

(He visto marcharse á mi mujer de esta habitacion...) (A Gorgonio.) Qué hace usted en esa postura?...

GORGONIO.

Ya me vé usted: de cara á la que se ha ido; de espaldas á su...

ADELA.

Yo te diré, amigo mio...

ESPOLETA.

Ten la bondad de dejarme solo con este caballero.

ADELA.

Por todos los santos! no vayas á creer...

GORGONIO.

Su esposa de usted es inocente.

ADELA.

Nosotras estábamos aquí!...

ESPOLETA.

Vive Cristo! Te suplico de nuevo que nos dejes solos.

ADELA.

Ya me voy. (Cuando digo que este hombre es nuestra cruz!...) (Váse.)

ESCENA XIII.

GORGONIO.—ESPOLETA.

ESPOLETA.

Usted ha mirado bien mi cara?

GORGONIO.

Sí, señor. Y qué?

ESPOLETA.

Y despues de mirarla, ha deducido que la tengo de primo?

GORGONIO.

No, señor; más bien la creo de tio. Usted debe tener muchos sobrinos.

ESPOLETA.

Conque todo era una miserable intriga, para sorprender mi buena fé, y engañarme á mansalva?...

GORGONIO.

Le juro á usted por las once mil vírgenes...

ESPOLETA.

Le hace usted el amor á mi cuñada, y se arrodilla delante de mi mujer? Eh?...

GORGONIO.

No señor; le hago el amor á su mujer de usted, y me arrodillo ante... No... me arrodillo ante su cuñada, y su mujer de usted me hace el a... (Vamos yo no sé lo que me digo.)

ESPOLETA.

Le vende á usted su misma turbacion. Lo dicho: esta noche al café de Oriente.

GORGONIO.

Ó al de Levante, ó al que le dé la gana; que ya me va usted cargando.

ESPOLETA.

Hola! me alza usted el gallo! pues le juro por el de la Pasion... (Cogiéndole del cuello de la lebita.)

GORGONIO.

No me toque usted, porque le abraso de un tiro. (A ver si le meto miedo.)

ESPOLETA.

Amenazas á mi? hombre! Usted quiere que yo le ahogue?

GORGONIO.

Ya lo intentó usted una vez, y me costó quince dias de cama.

ESPOLETA.

Y si no se marcha usted al momento de esta casa, soy capaz de arrancarle el esternon. (Le coge por el chaleco, tira de él y le arranca todo un delantero que se lleva en la mano. Váse.)

ESCENA XIV.

GORGONIO.

Este hombre es un huracan!... Se ha llevado medio chaleco, y justamente el del bolsillo donde llevo mi único dinero! Un napoleon y dos pesetas... Cielos!.. y la carta que escribí á su esposa!.. Si la vé me descuartiza.

ESCENA XV.

Dicho, TERESA.—JULIA.—LUISA.—MODISTAS.

MODISTAS.

Que sea enhorabuena...
ja, ja, ja, ja...
Está usté enamorado
de un deidad.
ja, ja, ja, ja.

GORGONIO.

(Ahora vienen los pollos
á guasear.
No me falta más que esto
para rabiar.)

TERESA.

Cuando un jóven se enamora
de una vieja embaucadora,
tonta, horrible, remilgada,
lácia, antigua y revocada...

MODISTAS.

Le cogen los demonios
y cataplon,

le arrojan al infierno
de sopeton.
Le pelan, le tunden,
le raspan, le arañan,
le pinchan, le hieren,
le muelen, le dañan,
le meten en cubas
de hirviente betun,
y allí le derriten
por necio y gandul.
Ya huele á chamuscado,
Jesus, Jesús! Jesús!
(Poniendo la cruz y alejándose.)
Dejémosle entregado
al negro Bercebú.
Jesus! Jesus! Jesus!
(Sigue la orquesta muy piano.)

GORGONIO.

Por compasion, dejen ustedes las bromas, y vayan á recuperar mi medio chaleco; en su bolsillo está mi existencia: ese fatal papel, me condena á muerte! (Se van por la izquierda Julia y Luisa.)

MODISTAS.

Ya huele á chamuscado,
Jesús! Jesús! Jesús!
Dejémosle entregado
al negro Bercebú.
(Sigue la orquesta.)

JULIA. (Saliendo.)

El coronel amenaza furioso á su esposa.

GORGONIO.

Gran Dios! Leyó la carta. Muerto soy! (Cae desmayado en brazos de las Modistas.)

TERESA.

Pobrecito! se ha desmayado! agua... una esencia...

JULIA.

Un sudor frio baña su frente.

TERESA.

Vinagre... éter!..

LUISA. (Saliendo.)

Ya está aquí el medio chaleco.

GORGONIO.

Con el dinero?

TERESA.

Hola! se hacia usted la mosquita muerta?

ESCENA XV.

Dichos, ABUNDIA, despues ESPOLETA Y CORO GENERAL.

ABUNDIA.

Socorro!... socorro!... Ese hombre se ha vuelto loco.

TERESA.

Pero qué pasa?

ESPOLETA.

Infame, no escaparás de mi venganza! Qué veo? usted aquí todavía? (Dirigiéndose á Gorgonio.)

GORGONIO (Retirándose hácia el balcon.)

No sea usted bárbaro.

ESPOLETA.

Ponte bien con el santo de tu nombre. (Cogiéndole.)

TERESA.

Coronel!..

GORGONIO.

Ay!.. (Espoleta arroja á Gorgonio por el balcon.)

ESPOLETA.

Negocio concluido. (Váse.)

TERESA.

Vírgen Santa!.. á la calle!..

ABUNDIA (Cayendo desmayada.)

Ah!

TERESA.

Ha caido sobre un carro de verduras, y abraza á la hortelana!

MODISTAS.

Cuando un jóven se enamora
de una vieja embaucadora,
tonta, horrible, remilgada,
lácia, antigua y revocada,
le cogen los demonios
y cataplon,
lo arrojan al infierno
de sopeton.

CORO.

Que esto no perturbe
nuestra diversion:
siga la algazara,
siga la funcion.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Decoracion de jardin, con árbol grande en el centro y banco de piedra al pié.

ESCENA PRIMERA.

TERESA, ABUNDIA, ADELA, ESPOLETA, MODISTAS Y CABALLEROS.

(Al levantarse el telon aparecen á la derecha del actor algunas modistas y Adela columpiando á Teresa en una cuerda prendida de un árbol.—Las demas modistas, con el coro de hombres, en el centro, jugando al anillo, juego de prendas.—A la izquierda Espoleta y otros dos caballeros jugando al tresillo.—A la derecha, Abundia sentada, como abstraida y y en extremo pensativa.)

MÚSICA.

UN CABALLERO.

Anillito venturoso,
que de mano en mano vas,
á mi dulce prenda un beso
de mi parte le has de dar.
Dónde está? dónde está?
Aquel que lo tenga,
prenda pagará.

CORO.

Anillito venturoso
que de mano en mano vas, etc.

TERESA.

Tortolita que ansiosa
tu amante buscas,
sin hallarlo del bosque
por la espesura,
vuelve á tu nido,
que impaciente te espera
tu prometido.
Ru... ru... ru... ru...
oyéle como arrulla
con inquietud.

CORO DE MODISTAS.

Tortolita que ansiosa
tu amante buscas, etc.

ABUNDIA.

Triste corazon
que en tu soledad
con mortal dolor
sollozando estás,
vuélveme, por Dios,
la feliz quietud;
no anubles el sol
de mi juventud.

TERESA.

Quién me reemplaza?
quién se columpia?

MODISTAS.

A usted le toca,
mi doña Abundia.

ABUNDIA.

A otra cualquiera
cedo mi turno:

no está mi pecho
para columpios.

MODISTAS.

A usted le toca,
no hay remision.

ABUNDIA.

(No tienen lástima
de mi dolor.)
(La llevan al columpio.)

ESPOLETA.

Truenos y andanadas!
Es mucha torpeza.
Si usted vuelve copas,
se la hacemos puesta.
Viendo que estoy fallo
copas era el juego.

CABALLERO.

No puedo volverlas,
porque no las tengo.

ESPOLETA.

Voto á cien cañones!
Por qué las tiró?

CABALLERO.

Porque yo creia...

ESPOLETA.

Es usté un chambon.

TERESA. (Columpiando á Abundia.)

Palomita, paloma
que por el aire
á tu amante buscando
das tristes ayes,
vuelve á tu nido,
que con ansia te espera
tu prometido.

Ru... ru... ru... ru...
Oyele como arrulla
con inquietud.

CORO.

Palomita, paloma
que por el aire, etc.

ESPOLETA.

Voto á Lucifer! por qué no juega usted espadas?

CABALLERO.

Por que el entrado está fallo.

ESPOLETA.

Por lo mismo debe usted jugarlas, para que yo le mate.

CABALLERO.

Es que yo voy á la contra.

ESPOLETA.

Usted va en contra de todas las reglas!.. Qué diablo!... no juego más. (Levantándose.) Si se jugára una miseria, dispensaria las distracciones, pero cuando el tanto es á ochavo se debe poner cuidado... (¿Eh? Mirando á lo lejos por la derecha.) Un millon de condenados! Si yo creyera en apariciones!..) (Se sube en el banco de piedra para mirar mejor.)

ADELA.

Como ven ustedes, esta es una pequeña posesion de recreo, en la que pasamos mis hermanos y yo mucha parte del año.

ESPOLETA.

(Por allí... entre el emparrado...)

TERESA.

Es una huerta muy bonita, y agradezco con todas mis compañeras la atenta invitacion que nos ha hecho conocer tan ameno sitio. Qué miro?.. Coronel, va usted á pronunciar algun discurso?

ESPOLETA.

Voy á pronunciar cincuenta millones de reniegos. (Yo te aseguro que me las vas á pagar todas juntas.) (Vase precipitadamente por la izquierda.)

TERESA.

Pero qué le ha dado á ese hombre?

ADELA.

Alguna de sus manías. Ya que han visto ustedes la huerta, quiero que examinen tambien el jardin de invierno. Por aquí... está en el piso principal de la casa... (Vánse.)

ESCENA II.

ABUNDIA.—ADELA.

ABUNDIA.

Habrá muerto?

ADELA.

Qué se yo?

ABUNDIA.

Arrojarle á la calle desde un piso segundo!... Mi marido es un cipayo.

ADELA.

(Con tal de que no le resulte ningun daño... á lo menos nos librásemos de su persecucion por algunos dias.)

ABUNDIA.

El pobre espirará en medio de los más agudos tormentos... separado de su gacela...

ADELA.

Por Dios! que es una desatencion quedarnos aquí...

ABUNDIA.

Y por qué has convidado á tanta gente?

ADELA.

Para distraer á tu marido, y evitar por este medio que siga aquí la desagradable escena...

ABUNDIA.

Qué buena eres, Matilde mia. No me abandones jamás: tú serás la antorcha que alumbre mi candidez. Marcharemos. (Vánse.)

ESCENA III.

JACINTA.—GORGONIO.

JACINTA. (Saliendo primero.) No hay naide: sígame usté.

GORGONIO.

No puedo más, Jacinta. Estoy molido de cansancio, desmayado de hambre, y muerto de miedo. Ese coronel es mi ángel malo, y me traes al sitio en que de nuevo puedo ser pasto de su ferocidad.

JACINTA.

Y quién se podia fegurar?.... yo me golvia á esta güerta sobre la carreta cargada de bituallas, y al encontrarme con usted como llovido del cielo...

GORGONIO.

Me ofreciste tus brazos, y una vinagrada, que todavía no ha entrado en mi cuerpo.

JACINTA.

Como que al llegar nos encontramos con los amos de la posesion y esa falángie de convidaos que sin dua han venio por el otro camino. Ya se vé, en los ónibus han podio llegar mucho más presto...

GORGONIO.

Ahora lo que importa es que yo me vuelva á Madrid.

JACINTA.

Y de qué moo?

GORGONIO.

Si tantas sensaciones reunidas no hubiesen agotado mis fuerzas, me volveria á pié; pero te confieso que en el estado en que me encuentro...

JACINTA.

En fin, si usté se empeña en golverse... media legua presto se anda.

GORGONIO.

Sí, pero necesito algun medio de trasporte. Yo no puedo tirar de mi cuerpo. Búscame aunque sea un humilde pollino.

JACINTA.

Voy á ver si el hortelano tiene alguno disponible. Tan y mientras quéese usté por aquí oculto entre esos árboles.

GORGONIO.

Pero no tardes, Jacinta. Ah!... y si pudieras traerte de camino algun refrigerio... mi estómago lo pide á voces.

JACINTA.

De la dispensa del hortelano?... como no sea una cosa mu ligera...

GORGONIO.

Sí, una liebre ó un venado...

JACINTA.

Me paé que pie usté munchas gollerías... pero, en fin, le trairé lo que haiga. (Váse.)

ESCENA IV.

GORGONIO.

Ay! yo no puedo vivir así! La muerte es preferible mil veces á esta prolongada agonía... El amor por un lado, la vieja por otro, y

el coronel por todas partes. Si encontrara un pozo á mano!... Pero qué veo? una cuerda prendida de un árbol. Este es un aviso del cielo, que debo aprovechar. Si, voy á estrangularme bonitamente, y á robarle á mi enemigo el placer de la venganza. (Coge la cuerda delcolumpio, y se la lia ál cuello.) Hé aquí á lo que conduce un amor ilícito. Me bajaré bien la corbata para que no estorbe... Adios, ángel de mis sueños! hasta la eterni... pero si me llegan los piés al suelo, voy á penar mucho, y la cuestion es despachar pronto. Echaremos el lazo mas arriba. (Se sube en una silla.)

ESCENA V.

Dicho.—TERESA.

TERESA.

Será verdad lo que me ha dicho Jacinta?... No hay duda; él es.

GORGONIO.

Eh? quién va? Hola, Camilo! no podia usted llegar mas á tiempo.

TERESA.

Pero qué hace usted ahí? (Despues de lo ocurrido tendrá humor para columpiarse!

GORGONIO.

Amigo mio, estoy arreglando mi maleta para el otro mundo.

TERESA.

Eh?... no comprendo.

GORGONIO.

Tenga usted la bondad de acercarse.

TERESA.

Y bien?

GORGONIO.

Mire usted, yo voy á meter el cuello en este lazo escurridizo.

Al ejecutarlo, tenga usted la bondad de separar esta silla, y tirarme de los piés con toda su fuerza.

TERESA.

Pero está usted en su juicio?

GORGONIO.

Si usted me ayuda, es operacion de medio minuto.

TERESA.

Vamos, déjese usted de bromas, y bájese de ahí, ó doy voces.

GORGONIO. (Echándose el lazo.)

Conque... espresiones á la familia, y besos á los niños.

TERESA.

Mire usted que llamo al coronel.

GORGONIO (Bajándose de la silla.)

Tambien es fuerte cosa, que me niegue usted el primer favor que le pido, y que no pueda uno ahorcarse cuando le dé la gana.

TERESA.

Y tiene usted la avilantez de abrigar tal pensamiento?... y por quién? por una vieja ridícula.

GORGONIO.

Ah! no! la que usted cree que es vieja, tiene el cútis lo mismo...

TERESA.

Que un pergamino arrugado, lo sé.

GORGONIO.

Esa es la equivocacion.

TERESA.

Pero lo que está á la vista.

GORGONIO.

La mujer á quien yo amo... usted es un amigo á quien se lo puedo confiar en mis últimos momentos... y dicho sea de paso, cada vez me admiro mas de lo bien que le sienta á usted el traje de mu-

jer, hasta el punto, de que si no estuviera seguro del género á que pertenece, y me dejara llevar de mis arranques...

TERESA.

Me galantearía usted así... por entretenimiento, como ya me ha dichò. Pues sepa usted que no falta quien lo haga con mas formalidad.

GORGONIO.

De verás? y usted echándola de coquetona, le mirará lánguidamente, y le concederá inocentes favores...

TERESA.

Conceder?... quiá!.. Oiga usted lo que yo hago.

Muchos son los que me miran,
porque dicen que me aman,
y me asedian y suspiran
y me siguen y llaman:
mas yo como soy doncella,
no les doy más que esperanzas.
Y con ternura
les participo,
que ha de llamar al cura
en el instante,
el que pretenda
ganar mi amor constante.
Si me cogen audaces la mano,
les enseño la punta del pié,
y si quieren pasar más allá
cariñosa les doy... un revés.
Con miradas les derrito,
con palabras les mareo,
con desdenes les irrito,
con mis bromas les chuleo.
Les animo, les halago,
les consiento, les embriago...
Y con ternura
les participo,

que ha de llamar al cura
en el instante,
el que pretenda
ganar mi amor constante.
Si me cogen audaces la mano,
les enseño la punta del pié,
y si quieren pasar más allá,
cariñosa les doy... un revés.

GORGONIO.

Magnífico! Representa usted dignamente á ese que llaman sexo encantador, y que me tiene á mí encantado y embobado por medio del más precioso de sus individuos.

TERESA.

Pero, en fin, quién es ese portento?

GORGONIO.

He prometido confiárselo á usted, y vá á salir de mi pecho el secreto que lo devora. La mujer que me vuelve demente, la que tiene en mi corazon un trono de oro, con columnas de zafiros, remates de diamantes y tapices de riquísimo terciopelo francés...

TERESA.

Adelante: nombre usted á la reina, y déjese de...

GORGONIO.

Pues bien: la emperatriz que ocupa ese trono, es la jóven y bella esposa de ese torbellino que se llama Espoleta.

TERESA.

Ja... ja!.. Y á esa la tiene usted por jóven y bella, con cincuenta y dos años encima?

GORGONIO.

Abundia?

TERESA.

Justo, doña Abundia. Si lo sabré yo, que la visto desde hace?...

GORGONIO.

Eh? que usted la viste?

TERESA.

No... he dicho, que la he visto: no que la visto.

GORGONIO.

Ya... me pareció entender...

TERESA.

Que he visto su fé de bautismo, quise decir.

GORGONIO.

Y esa chica tiene cincuenta y dos años?..

TERESA.

Cabales: medio siglo y algo más. Si repito que he visto la partida.

GORGONIO.

Pues sabe usted que le dá un chasco al lucero del alba? Ya se vé, con los adelantos de la química, de una manotada se quita cualquiera mujer una treintena de años de encima.

TERESA.

Eso si, la tohalla de Vénus anda lista; pero ni por esas.

GORGONIO.

La verdad, yo extrañaba que una señora, al parecer tan jóven y guapa estuviera casada con ese elefante.

TERESA.

Dale... pero si no parece ni lo uno ni lo otro.

GORGONIO.

Cómo que no?... Con que una señora con aquellos ojos, con aquella boca, con aquel... (Mirando á la izquierda y viendo á Espoleta.) Vaya... otra vez continuaremos la discusion. (Váse.)

TERESA.

Pero, qué le pasa? Me voy convenciendo de que este muchacho está loco. (Al ver á Espoleta.) Ah!.. ya caigo: ha divisado al marido.

ESCENA VI.

TERESA.—ESPOLETA con escopeta.

ESPOLETA (Mirando á todas partes con la escopeta preparada.)

(Como en efecto ande por aquí, ya tiene lo que le hace falta.)

TERESA.

(Dios mio, si lo habrá visto?) Hola!... tambien se entrétiene usted en cazar?

ESPOLETA.

Me entretengo en que me lleve el diablo.

TERESA.

(Qué amable es este caballero!) Como le miro á usted con la escopeta, escudriñando todos los rincones...

ESPOLETA.

Hace poco que se me figuró ver un pájaro de mal agüero...

TERESA.

Algun cuervo?

ESPOLETA (Sin déjar de mirar.)

Si, un cuervo: y como soy algo superticioso... Ah!.. (Mirando á la izquierda y apuntando.)

TERESA.

Le vé usted?

ESPOLETA.

Silencio.

TERESA. (Apartándole la escopeta.)

Pero, qué vá usted á hacer?

ESPOLETA.

Déjeme usted, voto al infierno! ya le tenia encañonado.

TERESA.

Si le está usted apuntando á una mujer.

ESPOLETA.

Lo que se divisa entre los nogales, es una mujer?

TERESA.

La de usted en cuerpo y alma.

ESPOLETA.

Pues mire usted, no iba mal el tiro, porque le apuntaba á la cabeza, que es lo que no le sirve. Abur: voy á continuar mi reconocimiento. (Váse por la derecha.)

TERESA.

Pues yo no le abandono, porque será capaz... (Id.)

ESCENA VII.

GORGONIO saliendo precipitadamente por más arriba.

Ya no está aquí... le ví venir con la escopeta, y temí alguna atrocidad de las suyas. Hasta que me vea en Madrid, no respiraré con libertad. Y esa Jacinta que no viene ni con el alimento ni con... En dónde me ocultaré entre tanto para librarme de ser visto por ese caribe?.. Ah! esto es lo más seguro... Desde aqui puedo observar sin que me descubra. (Se sube en el árbol del centro.)

ESCENA VIII.

Dicho.—TERESA.—ESPOLETA.

TERESA.

Se ha desengañado usted, de que no existe por aquí el pajarraco que busca?

ESPOLETA.

Yo daré con él.

GORGONIO. (En el árbol.)

(Ya está aquí mi hombre. Si me vé, me caza como á un mirlo.)

TERESA.

No sería mejor dirigirnos hácia la casa?... Las señoras estarán notando la falta de usted.

ESPOLETA.

A mi no me importan nada las señoras, cuando se trata de... Silencio... me pareció escuchar...

TERESA.

Y bien?...

ESPOLETA.

Nada... hasta en las hojas de los árboles se me figura verle fotografiado... Ah!... (Viendo á Gorgonio.)

TERESA.

Si efectivamente es un cuervo, más fácil es que le encuentre usted en los árboles, que no .. Le vé usted?

ESPOLETA (Apuntando.)

Le veo una pata, y voy á buscarle la cabeza. Seria el primer mortal que se hubiese burlado de mí.

TERESA.

(Le llama mortal á un cuervo!)

GORGONIO.

(Dios mio! apunta hácia aquí!)

ESPOLETA.

No te escaparás ahora. (Tira.)

GORGONIO.

Ay!... (Se le cae el sombrero.)

TERESA.

Esa voz?...

ESPOLETA.

Hola! sombrero en tierra? Eso es que ha doblado la cabeza. Ya

estoy contento: abur. Voy á hacer los honores de la casa. Haga usted que le entierren. (Váse.)

ESCENA IX.

TERESA.—GORGONIO.

GORGONIO. (Bajando.)

Ay! ese hombre es un beduino!

TERESA.

Pero qué hacia usted subido en ese árbol?

GORGONIO.

Contarles cuentos á los gorrioncitos si á usted le parece. Ay! Qué habia de hacer mas que ocultarme de ese homicida?

TERESA.

Está usted herido?

GORGONIO.

Y de muerte á mi parecer.

TERESA.

En dónde?

GORGONIO.

Aquí... en todo este hemisferio.

TERESA.

Pero cómo ha sido?...

GORGONIO.

Muy fácilmente. Como le ví apuntarme á la... (Señala la cara.) Me volvi instintivamente, y recibí el tiro en el... ay! Por fortuna está usted aquí, y me podrá hacer la primera cura.

TERESA.

Yo?

GORGONIO.

Claro, no es usted estudiante de medicina?...

TERESA.

Sí, pero no he llegado todavia á ese capítulo...

GORGONIO.

No le hace: cúreme usted por el anterior.

TERESA.

Y todo por causa de esa maldecida vieja.

GORGONIO.

Hombre, déjese usted de las causas, y atienda los efectos: mire usted que me estoy desangrando.

TERESA.

Pobre amigo mio! Si viera usted cuánto siento su desgracia...

GORGONIO.

Usted la sentirá mucho, pero se está con los brazos cruzados, cuando ya debiera estar operando.

TERESA.

Tiene usted en la lebita muchos granos de sal.

GORGONIO.

Ese salvaje, no contento con matarme, me ha salado tambien.

TERESA.

No se mueva usted de aquí. Corro á avisar...

GORGONIO.

A quién?

TERESA.

A la familia... á un cirujano... á todo el mundo. (Váse.)

ESCENA X.

GORGONIO: despues JACINTA.

GORGONIO.

Mejor es que avise usted á la parroquia. Ay! parece que tengo un perro colgado...

JACINTA.

Ya está tó dimpuesto.

GORGONIO.

Para qué? Para mi entierro?

JACINTA.

Para que se marche usté á Madril.

GORGONIO.

Y de qué modo?

JACINTA.

En el jaco de la noria, que trota como un poenco.

GORGONIO.

Imposible, Jacinta: yo necesito unas parigüelas.

JACINTA.

Ya, estará usté rendió de cansancio.

GORGONIO.

Estoy hecho una criba. El feroz coronel me ha disparado un tiro.

JACINTA.

Caramba!.. y está usté herió? en dónde?

GORGONIO.

Baste decirte, que no puedo sentarme. Tu penetracion alcanzará lo demás.

JACINTA.

Probe señorito!

GORGONIO.

Voy á morir de pié, como las grullas.

JACINTA.

Quiá!.. véngase usté conmigo á la choza del guarda. Ese entiende mucho de esas cosas... ayer curó á un becerro que se perniquebró, y lo ha dejao como nuevo.

GORGONIO.

Gracias por el doctor.

JACINTA.

Le pondrá á usté una cataplasma de ortigas con mostaza y vinagre...

GORGONIO.

Y reviento á la media hora.

JACINTA.

Al contrario, si le igo á usté que en esas curas no hay quien le eche la pata.

GORGONIO.

Ello es fuerza adoptar algun partido, porque me voy estenuando por momentos.

JACINTA.

Vamos, apóyese usté en mi brazo.

GORGONIO.

Adelante. Me pondré en manos de ese acreditado físico del ganado vacuno... Ay! si no puedo dar un paso..! (Vánse.)

ESCENA XI.

TERESA.—ADELA.

TERESA.

Por aquí, señorita, por aquí...

ADELA.

Pero es peligrosa la herida?

TERESA.

Yo no sé... lo que puedo decir es, que el infeliz se quejaba amargamente... No está... Dios mio! habrá muerto?

ADELA.

Es preciso averiguar... con razon temia una desgracia! Lo que no comprendo es, cómo ha venido ese jóven á la huerta despues del lance del balcon.

TERESA.

Porque está perdidamente enamorado de su hermana de usted.

ADELA.

Por desgracia lo sé, y tan estraña locura va á ser la perdicion de mi familia. Pero lo principal es salvarle. Corra usted, sepamos dónde está, y si aún es tiempo, que lo conduzcan á Madrid, que llamen á un facultativo...

TERESA.

(Al reflexionar que le ocurre esta desgracia por una tarasca, cuando yo... vamos, si se vuelve una tonta con los caprichos de los hombres!)

ADELA.

Pero en qué piensa usted, que no le busca?

TERESA.

Tiene usted razon: voy al momento. Desgraciado! quizá estará dando las boqueadas. (Váse.)

ESCENA XII.

ADELA, despues GORGONIO.

ADELA.

Un homicidio! vendrá la justicia, hablarán del lance los periódicos, y seremos objeto de las hablillas y comentarios de toda la córte.

GORGONIO.

(¡Ay! ese doctor es un desollador inhumano. Ya se vé, acostumbrado á curar...)

ADELA.

Ah..! está usted aquí?

GORGONIO.

(Inmenso Dios! ella!.. y en qué estado me encuentra!)

ADELA.

Con que no es peligrosa la lesion? puede usted andar?...

GORGONIO.

Con bastante trabajo; pero en fin, el cielo me dá fuerzas...

ADELA.

Bien: siéntese usted aquí, mientras convenimos en la manera trasladarle...

GORGONIO.

No: si le es á usted indiferente, la combinaremos de pié.

ADELA.

Pero ante todo, qué aspecto presentan las heridas?

GORGONIO.

Señora, por más que lo he procurado, no he conseguido verlas.

ADELA.

Ya, estenuado por la falta de sangre... Pero, está usted mejor, eh? sufrirá usted menos.

GORGONIO.

Sí, mucho menos. (Antes me escocian, y ahora me rabian.) Pero todo lo sufro contento y lo ofrezco como holocausto en el altar de la... (Nadie diria que esta mujer tiene medio siglo.)

ADELA.

Por piedad, no piense usted más en ese amor, que es un crímen ante Dios y los hombres.

GORGONIO.

Demasiado lo sé, y por eso lo refreno. Yo soy un jóven honesto...

ADELA.

Pues lo disimula usted mucho, y sus actos están en contradiccion con ese alarde de honestidad, que ya parece un sarcasmo. Venir hasta aquí para producir un escándalo...

GORGONIO.

Si usted supiera la multitud de circunstancias que lo han motivado...

ADELA.

Ninguna es suficiente para disculpar esa niñada.

GORGONIO.

Niñada!.. Usted lo refiexiona con más madurez, porque á los cincuenta y dos años se ven las cosas de otra manera.

ADELA.

(Qué dice este hombre?)

GORGONIO.

A su edad de usted las pasiones se amortiguan...

ADELA.

A mi edad?..

GORGONIO.

Dispense usted que sus amargas reconvenciones me obliguen á que se la recuerde.

ADELA.

Yo... cincuenta y dos años?..

GORGONIO

Con la frescura de los veinte.

ADELA.

(Me voy convenciendo, de que este jóven necesita curarse en Leganés.)

GORGONIO.

Con razon su marido de usted habrá tenido siempre celos de cuantos la hayan mirado, y disculpo su ferocidad.

ADELA.

Caballero, le agradezco á usted la lisonja, y le suplico que no nombre á mi marido para agraviarle. A lo menos respete usted la memoria de los difuntos.

GORGONIO.

De los!.. (Oh! si fuera verdad!)

ADELA.

A qué viene esa extrañeza?

GORGONIO.

Como le da usted por difunto.

ADELA.

Ah!.. usted no sabe que murió mi marido?

GORGONIO.

Que ha muerto?.. Cuándo?..

ADELA.

Le advierto á usted, que el asunto es muy sério para tomarlo á broma.

GORGONIO.

Pero, señora, si le he visto yo hace media hora!..

ADELA.

A mi esposo?..

GORGONIO.

Al mismo, y bien á mi pesar.

ADELA.

(Será que delira por la falta de sangre?)

GORGONIO.

Quién, si no él, me ha descerrajado el escopetazo, que pudo mandarme al otro barrio?

ADELA.

Pero no ha sido el coronel?

GORGONIO.

Pues que estoy yo diciendo?

ADELA.

Y, qué tiene que ver ese con mi marido?

GORGONIO.

Conque, no tiene que ver?..

ADELA.

(Vamos, que se lleven á este hombre á Madrid: esos síntomas son de no llegar con vida á la noche.)

GORGONIO.

(Su cabeza se ha trastornado al saber mi catástrofe.) Vuelva usted en sí, adorada Abundia.

ADELA.

(Me toma por mi hermana!)

GORGONIO.

Vamos, señora, tranquilícese usted: esto no será nada; mis heridas son muy leves...

ADELA.

Bien, bien... de todas maneras es preciso que le trasladen á usted á Madrid inmediatamente.

GORGONIO.

Ese cariñoso interés me demuestra...

ADELA.

Que está usted de mucho peligro, y que no quiero que se muera

aquí, clarito. Ya vendrán á avisarle, cuando esté listo el coche. (Váse.)

ESCENA XIII.

GORGONIO despues ABUNDIA.

GORGONIO.

Pero si le digo á usted... Santo Dios! será verdad que estoy de peligro? Seré yo el que esté delirando, y no conozca la gravedad de mi mal? Ese guarda me ha dicho que no ofrece cuidado... pero quién se fia de un veterinario casero? Morir abandonado de todo el mundo! Vírgen santa! quién me acompañará en mis últimos momentos?

ABUNDIA.

Yo, que acabo de saber la desgracia de usted.

GORGONIO.

Si?... (pues prefiero morir solo.)

ABUNDIA.

He luchado cara á cara con la horrible adversidad..

GORGONIO.

(Se han juntado ustedes dos bustos preciosos.)

ABUNDIA.

Si viviéramos solos en el mundo!...

GORGONIO.

(De seguro se acababa el género humano.)

ABUNDIA.

Vengo á informarme por mi propia de la salud de usted, y decidida á recoger su último suspiro.

GORGONIO.

Gracias. Le agradezco á usted su decision, pero no pienso exhalarlo por ahora. (La viuda me va cargando de lo lindo.)

ABUNDIA.

Al venir aquí he visto á mi marido como espiando mis pasos.

GORGONIO.

Eh?... su marido de usted?

ABUNDIA.

Sus ojos echaban chispas!..

GORGONIO.

(Vendrá del infierno á llevársela.) Tambien cree usted en fantasmas?

ABUNDIA.

No, era él mismo. Desde que sospechó el amor de usted, me persigue sin cesar.

GORGONIO.

Señora, no dé usted crédito á esas apariciones: su esposo de usted no se moverá de donde está.

ABUNDIA.

Eh?.. le ha visto usted otra vez?

GORGONIO.

Si no le he visto en mi vida.

ABUNDIA

Pero no ha estado hoy en su casa de usted?.. No le habló despues del baile?..

GORGONIO.

En mi casa? quien estuvo fué su cuñado de usted.

ABUNDIA.

Mi cuñado?.. Si no le tengo.

GORGONIO.

(Si hoy no me llevan á Zaragoza...)

ABUNDIA.

Mi marido no tiene hermanos: fué hijo primero y único. Su ma-

dre murió desesperada, al ver que en vez de una criatura habia parido un leopardo.

GORGONIO.

El coronel no es su cuñado?

ABUNDIA.

Demasiado sabe usted los lazos que á él me unen.

GORGONIO.

Santos del cielo! Será verdad? Conque no es usted la viuda?

ABUNDIA.

No, yo soy la mártir.

GORGONIO.

Y su hermana de usted es libre! Y... Estas son muchas emociones para un hombre solo.

ABUNDIA.

Se pone usted pálido!

GORGONIO.

De todos colores deberé ponerme.

ABUNDIA.

Gorgonio!

GORGONIO.

No puedo mas.

ABUNDIA.

Mis brazos te sostendrán. (Se abrazan.)

ESCENA XIV.

Dichos, ESPOLETA.

ESPOLETA.

Qué veo?... Cien millones de granadas! Este hombre tiene siete vidas, como los gastos.

ESPOLETA.

Venganza y exterminio!

ABUNDIA.

Mi esposo! Cielo santo!

GORGONIO.

(Llegó mi hora postrera!)

ABUNDIA.

Escúchame.

ESPOLETA.

Mil rayos!
Sostendrás, viven los cielos,
qué son vanos mis recelos?

ABUNDIA.

Te diré lo que ocurria:
este jóven me decia...

GORGONIO.

(Quiera el Dios de las alturas
que le siente las costuras.)

ESPOLETA.

Les voy á triturar.

ABUNDIA.

Te voy á convencer.

GORGONIO.

Yo no pensé jamás
amar á su mujer.
Mi apasionado
constante amor
á su cuñada
se dirigió.

ESPOLETA.

Rece usté el credo,
pues vive Dios!

que no recibe
la extrema-uncion.

ABUNDIA.

(En tal apuro
fuerza es que yó
á mi tirano
le finja amor.)
Ay! esposo adorado,
chachito mio,
no trates á tu chacha
con tal desvío.
Que no es tan fea
la mujer que amorosa
te cachachea.

ESPOLETA.

Al decirme su boca,
chachito mio,
se hace dueña mi chacha
de mi alvedrio:
y me marea,
cuando amante y graciosa
me cachachea.

GORGONIO.

Está más fea,
cuando amante y graciosa
le cachachea.

ESPOLETA.

No, ya es tarde: con ese enredo quisieron ustedes sorprender mi credulidad; pero he sabido descubrirlo á tiempo.

GORGONIO.

Le juro á usted por las cinco llagas de San Francisco, que á quien amo es á su cuñada.

ESPOLETA.

A la cuñada de San Francisco?

GORGONIO.

No, á la de usted.

ESPOLETA.

Y este pañuelo de mi esposa, que me encontré esta mañana en la habitacion de usted?

ABUNDIA.

Mio?... imposible! Esa es una infame calumnia!

ESPOLETA.

Aquí está la marca. A. G. de E.

ABUNDIA.

Adela Gomez de Escudero.

ESPOLETA.

Eh?...

GORGONIO.

Lo vé usted?

ABUNDIA.

Estás convencido?

GORGONIO.

Le queda alguna duda?

ABUNDIA.

Sospecharás todavía?...

ESPOLETA.

Eh!... poco á poco... me van ustedes á volver el juicio? Esa prueba no es suficiente.

GORGONIO.

Y si yo me casara con Adela, se persuadiria usted?... porque ella me ama tambien, estoy seguro de ello.

ESPOLETA.

Eso ya seria otra cosa.

ABUNDIA.

(¡Oh! jóven sublime! sacrifica su dicha por mi tranquilidad.)

ESCENA XVI.

Dichos, ADELA, TERESA.

ADELA.

Caballero, ya está el coche preparado. (Dios eterno! juntos otra vez!..)

TERESA. (Aparte á Adela.)

Si se armará de nuevo la gresca?

GORGONIO. (A Adela.)

Señora... (Aparte á Espoleta.) Se va usted á convencer de nuestro amor. (A Adela.) Una série no interrumpida de lamentables equivocaciones ha hecho creer á este señor que yo galanteo á su consorte, y como esto no es verdad, porque yo soy un jóven honesto, y mi amor ha sido siempre de usted, tengo el honor de pedirla su mano de esposa.

TERESA.

(Pérfido!..)

ADELA.

(Cada vez me persuado más, de que este hombre está loco.)

GORGONIO. (Aparte á Espoleta.)

Ahora verá usted.

ADELA.

Caballero, podrán ser muy ciertas y lamentables las equivocaciones á que se refiere, pero como yo no le amo á usted, tengo el disgusto de no poder acceder á sus deseos.

GORGONIO.

Eh?..

ABUNDIA.

(Comprende mi situacion y no quiere hacerme padecer.)

ESPOLETA (A Gorgonio.)

Ha escuchado usted?

GORGONIO.

Sí señor, sin perder una sílaba.

ESPOLETA.

Y qué debo yo hacer ahora?

GORGONIO.

Me parece que debe usted sacar un cuchillo, y cortarme las yugulares.

ESPOLETA.

Eso que usted dice en broma, quizá se convierta en realidad.

GORGONIO.

Hombre! se lo digo á usted con todas las veras de mi alma...

ESPOLETA.

Pues una de dos. O se casa usted antes de salir de este recinto, ó se queda enterrado en él.

ABUNDIA.

(Bárbaro!)

GORGONIO.

Pero si ella no me ama...

ADELA.

Eso es injusto, hermano mio.

ESPOLETA.

Nada, nada!..

GORGONIO.

(Oh! qué idea!...) Sí señor, estoy dispuesto á casarme, si esta chica me quiere.

TERESA.

Yo?... con el alma y la vida.

ABUNDIA.

(Inocente!.. no sabe el daño que me hace!)

GORGONIO.

(Me ha entendido.) (Aparta á Teresa.) Verá usted que chasco le damos.

ESPOLETA.

Convenidos; pero ha de ser ahora mismo.

GORGONIO.

Cuando nsted quiera. (viendo salir á los caballeros y modistas) Y si en esta reunion está el vicario...

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos.—JULIA, LUISA, MODISTAS Y CABALLEROS.

TERESA.

Señores, presento á ustedes á mi esposo.

GORGONIO. (Aparte á Teresa.)

De pega.

TERESA. (Id. á Gorgonio.)

No, de verdad.

GORGONIO. (Id.)

Cómo de verdad? Me voy yo á casar con un estudiante de medicina?

TERESA. (Id.)

No, con una oficiala de modista.

GORGONIO. (Id.)

Usted oficiala de?... poco á poco; eso es preciso verlo muy despacio.

ESPOLETA.

Eh!... vacila en cumplir su promesa?

GORGONIO.

De ninguna manera.

TERESA. (Aparte á Gorgonio.)

No decia usted, que si encontrara una mujer como yo?...

GORGONIO. (Al público.)

Y lo sostengo, hasta el punto de que si es usted lo que dice, voy á ser el marido mas feliz de la tierra.

TERESA. (Id.)

Ya que de esta aventura
saqué consorte,
aquí viene un aplauso
como de molde;
para que vea
que mi feliz enlace
se palmotea.

FIN DE LA ZARZUELA.

Habiendo examinado esta zarzuela, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 17 de diciembre de 1862.—Antonio Ferrer del Rio.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de S. Agustin, 12, segundo.
1863.

Rs. vn.

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.º de 124 páginas. 6

ALONSO Y RUBIO (T.)

Clínica tocológica, hechos des ditocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.º prolongado de 270 páginas. Precio en Madrid 16
Provincias. 20

Breves páginas dedicadas á la educacion moral de los hijos, un tomo en 4.º de 278 páginas. Precio en Madrid, 14 rs. en rústica, y 16 encartonado.
En provincias. . . . . 18 y 22

ALTADILL (A.)

*La voz de España, loa en un acto. 4
Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ALVAREZ (S.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8
*La hija del pueblo, id. en dos. . 6
*Marta, id. en tres. 8
*La Reina Topacio, id. id.. . . . 8

ANDILLA (BARON DE) Y GERONIMO MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.)

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

AUSET (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

Rs. vn.

ALTOLAGUIRRE (M. A.)

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

BREMON (L.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

CAPMANY Y MONTPALAU (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.º prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

DIANA (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.º prolongado de 336 páginas, en provincias. 10

DIAZ (J. M.)

Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8

FERNANDEZ (P.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8
La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos. 8
Una cueva de ladrones, juguete cómico en un acto. 4

GARCIA GONZALEZ. (M.)

Despues del baile, comedia en un acto. . . . . .

Rs. vn.

HARTZENBUSCH (J. E.)

Cuentos y fábulas, 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos.. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)
Y
CAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

LARA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres. actos. 8

LIERN (RAFAEL M.)

Truquiflor de maridos, comedia en un acto 4
Un animal raro, comedia en un acto. 4

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos.. 8
El teatro, su orígen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

LOPEZ (F.)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MOSQUERA Y LOSADA (R.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado.
Madrid. 19
Provincias. 22

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

Rs. vn.

MORAN (G.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

MOZO ROSALES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. 4
Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

ORTIZ DE PINEDO (M.)
Y
JOSE M. GARCIA.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. 8

PALACIO (M.)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos. 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8
Funcion de desagravios que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras, Folleto en 12.º 4

PEDROSA (F. MARTINEZ.)

*La red de flores, zarzuela en un acto. 4

PASTORFIDO (M.)
Y
MARCISO SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id. en id. 8

PETÁNO Y MAZARIEGOS. (G.)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. 10

Rs. vn.

PICON (J.

*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4
*Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos. 8
*Entre la espada y la pared, idem en id. 8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto. 4
*La isla de San Balandran 4

PINA (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. 4
*El jóven Virginio, id. en id. . . 4
El niño, id. en id. 4
*El sordo, id. en dos actos. . . . 6
*Enlace y desenlace, id. en id. . . 6
*Los peregrinos, id. en un acto. . 4
Carambola y palos, comedia en un acto. 4
Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos. 8
Aventuras de un jóven honesto, idem en 3 actos. 8

RAMIREZ (J.)

La culebra en el pecho, drama en tres actos.. 8
El camino de la gloria, comedia en tres actos. 8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. . 19

RIVERA (L.)

* A Rey muerto, zarzuela en un acto. 4
*Los piratas, zarzuela en tres actos 8
*Stradella, id. en id. 8

ROSELL (C.)

*El burlador burlado, zarzuela en tres actos. 8

Rs. vn.

RUIZ DEL CERRO (J.)

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

RODRIGUEZ (A.)

*El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos. 8

SELGAS Y CARRASCO (J.)

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9

SERRA (N.)

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. . . , ... 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4

SOBRADO (P. N. DE)

*El zuavo, zarzuela en un acto.. . 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4
Escenas de campamento, id. id. . 4

TRIGUEROS (M.)

La toma de Tetuan, comedia en un acto. 4
El prestamista, comedia en un acto. 4

VEGA (R. DE LA)

*Frasquito, zarzuela en un acto. . 4
*Los dos primos, id id. 4

VELASCO (R. DE)

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

(VILLANUEVA (J. JOAQUIN.)

*La franqueza, zarzuela en un acto 4

ZAMACOIS (N.)

*El firmante, zarzuela en un acto. 4

ZAMORA Y CABALLEO (E.)

Pobre importuno, proverbio en un acto. 4

ADVERTENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion donde puede tambien pedirse.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Durán, Carrera de san Géronimo.
Moya y Plaza. Carretas, 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Cármen, 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.